
ESPACIO
El mundo FUTURO
KLAG, EL FABULOSO
JOHNNY GARLAND

JOHNNY GARLAND

KLAG, EL FABULOSO

Colección Espacio

CAPÍTULO I

RETORNO

Se encontraba demasiado lejos del cohete.

Pero era su única esperanza y tenía que correr. Correr mucho, para alcanzarlo, para salvar su vida…

Detrás suyo oía el rumor de la densa jungla, el crujido de siniestras pisadas en la espesura violácea y extraña del lejano planeta. Delante, todo era espesura. Y allí, en alguna parte de la floresta fantástica, delirante, estaba la astronave. El cohete que, si Dios quería, seguiría allí, esperando a su único tripulante.

Si no, todo habría terminado. Las colosales, enormes pisadas que hacían rechinar las esponjosas hojas y helechos gigantes, le darían alcance. Entonces todo estaría perdido. Una pezuña ciclópea le aplastaría, o unas fauces bestiales le devorarían.

Había visto a aquellos apocalípticos animales a distancia, muy lejos de él. Moviéndose como titánicos monstruos prehistóricos entre los árboles inmensos, que se perdían en el cielo, a decenas de millas de altura sobre la cabeza del viajero interplanetario. Confió en no ser descubierto. Pero su sensibilidad o sus facultades auditivas debían de ser portentosas, porque le advirtieron. Lo sospechó al ver que se movían hacia él, sacudiendo sus enormes colas, rascando la tierra grisácea de Júpiter con sus descomunales pezuñas.

Hans Walters corrió desesperadamente, con todas sus energías puestas en el esfuerzo físico, encajando las mandíbulas en fiero gesto, mientras su respiración, por efectos de la rápida carrera, se hacía más y más entrecortada, más y más difícil también…

Cierto que no estaba totalmente desarmado. Sentía contra su costado el peso de la pistola nuclear. Pero sabía que resultaba tan inútil como un tirachinas frente a un elefante. Por eso ni siquiera intentó utilizarla. ¿Para qué, si sería inútil contra la escamosa y purpúrea piel del monstruo, tan dura como el acero?

Bajo la escafandra especial, ovoide, y transparente, los ojos dilatados de Hans Walters miraban en torno la fauna asombrosa, indescriptible, del planeta gigante, del gran Júpiter, el mundo más colosal del

espacio solar.

Poco había podido hacer en suelo jupiteriano: unas mediciones de atmósfera, densidad y composición del aire, unas muestras de la terrosa arcilla de la zona ecuatorial de Júpiter, bajo la densa capa grisparduzca de su atmósfera, colosal como el propio mundo que encerraba. Unas pocas matas herbosas, un par de flores de rara coloración azul y corola escarlata.

Todo ello iba en su bolsa de materia plástica. Pero nada pudo conseguir de cuanto intentara en el terreno científico, porque la fauna espeluznante de Júpiter le impedía permanecer en el planeta. Era absolutamente preciso escapar… ¡si los monstruosos animales se lo permitían! Detuvo su carrera al borde del bosque gigantesco. Vio ante sí el claro, con el proyectil como una plateada y aguda forma apuntando al cielo nuboso, espeso e impenetrable, que cubría el mundo remoto. Su última esperanza. Su único medio de abandonar aquel astro de pesadilla, de volver a la lejana y querida Tierra.

Un esfuerzo más bastaría. Pero sentíase muy débil. Y los animales que antes viera tan distantes, al parecer sin peligrosidad, estaban ya sumamente cerca, detrás de aquella densa muralla verde de arbustos y vegetación.

Echó a correr por última vez. No sabía si caería, si alguna de aquellas retorcidas y nudosas lianas y raíces que brotaban del atormentado suelo jupiteriano se le enroscaría a los pies, derribándole, inerme, bajo el poder terrible de los monstruos, cuyo jadeo sentía cerca, muy cerca.

Acaso no estuvieran tan cerca, pero su misma enorme dimensión «es hacía parecer más cercanos. Su aliento era realmente estremecedor y parecía el estruendo de un ciclón tropical de su propio mundo.

Hans Walters resbaló sobre unos helechos gigantescos, de superficie violácea y bruñida. Vio cómo las hojas dentadas, erizadas de púas, de lo que sin duda era una voraz planta carnívora, empezaban a erguirse, cerrándose como fauces de un demoníaco ser ¡sobre él!

Se incorporó, bañado en sudor, estremecido y tambaleante. Corrió de nuevo, aunque sentía que le flaqueaban las piernas. A sus espaldas, rozándole los talones con una proximidad aterradora, se cerraron las voraces plantas en lo que hubiera sido un mortífero bloque vegetal, de haberle cazado en su interior.

Júpiter estaba lleno de peligros, de trampas terribles, pensó mientras cubría el último trecho hacía el proyectil de plateada superficie y

aguda proa, erguido sobre sus potentes reactores posteriores, apuntando al cielo.

Si al menos pudiera escapar de ellos, encontrar la salvación en su vehículo espacial. Pero cada metro, cada centímetro de aquel terreno de enormes proporciones, le resultaba interminable, un auténtico mundo entre él y la posibilidad única, desesperada, de escapar, de retornar al mundo familiar y anhelado del que nunca debió salir.

Pero eso no tenía ya remedio. En cambio, huir, salir de Júpiter, podía hacerlo, a poco que la suerte le ayudase. A poco que los feroces seres apocalípticos del gigantesco mundo solar se demorasen en localizarle, en seguir a su pigmeo, a su microscópica pieza.

De pronto, tras él sintió desgajarse brutal, estrepitosamente, los ramajes. Volvió la cabeza, sin dejar de correr. Las piernas le fallaron ante lo que vio.

Enormes arbustos, árboles de tamaño gigantesco, eran arrollados, aplastados por el cuerpo grandioso de un colosal saurio de cientos de metros de altura, rugientes fauces y ojos inyectados en sangre, que lo husmeaba todo en busca de su presa!

Al descubrir la diminuta figura en fuga por la llanura, lanzó un bramido que hizo temblar el suelo de Júpiter, y avanzó. Cada pata suya, de uñas curvas, como tremendas presas de acero, se hincaba en la tierra, abriendo huellas que, para el diminuto terrestre hubieran sido auténticos abismos.

Hans Walters alcanzó el cohete. Su forma aguda de color plateado, brillando tenuemente a la luz débil del día jupiteriano, sería como un insignificante lápiz para el ser titánico que se movía ya hacia ella con pasos torpes, muy lentos en proporción a su enorme tamaño.

Gracias a eso salvó Hans su vida. Porque la puerta neumática del cohete espacial, accionada por el radar que proyectaba automáticamente el disco metálico del cinturón de Hans, se abrió suavemente, mostrándole el confortable interior, la última puerta, la última oportunidad para huir a la amenaza implacable que se hallaba ya sobre él. Hans Walters cruzó el umbral de un salto felino. La puerta se cerró rápidamente tras él, accionada siempre por el sistema automático del radar. Hans cruzó, en el último esfuerzo, toda la cabina cilíndrica, de muros circulares, y cayó con todo su peso sobre dos resortes, rojo uno y azul el otro, situados en el cuadro de mandos de a bordo.

Uno señalaba: «Reactores de partida». El otro: «Disparo».

El cohete salió disparado, como un auténtico proyectil lanzado por un revólver ingente. Se proyectó hacia las nubes densas, plomizas y cargadas de gases tóxicos de la atmósfera superior de Júpiter, que, sobre su superficie, era también nociva, pero más diáfana.

Aquel monstruo, similar a un saurio terrestre, pero a escala colosal, rugió ferozmente y alzó una pata enorme que rozó la estela de llamas y de humo nuclear que proyectaba el chorro ruidoso de los reactores a toda presión.

Pareció irritado, y sus coletazos arrancaron miles de hojas y tallos de la superficie jupiteriana. Había tenido tan segura a su presa, que ahora la furia le hacía revolcarse, al ver que el pigmeo, el insignificante extraño, lograba burlarle y evadirse de sus poderosos medios de lucha, incomparablemente superiores a los del pequeño ser que se le escabullía.

Hans, caído en el suelo, pese a los frenos y contrareactores del interior, que actuaban con igual rapidez que los condensadores de gravitación artificial en cuanto el vehículo del espacio se ponía en funcionamiento, vio a través del amplio visor de su pantalla telerreceptora, el rostro horrendo del animal antediluviano, que, sin duda, era en Júpiter una forma animal vulgar, en plena vigencia y desarrollo.

Respiró hondo mientras el sudor caía, en gruesas gotas, sobre la superficie interior de su escafandra plástica, no dificultando su visión, porque el casco era refractario a toda humedad, pero reflejando la angustia sufrida en la desesperada pugna por evadirse al peligro de Júpiter, sobre el cual había sido el primer explorador científico de la Tierra, el primer hombre en posar su planta.

El cohete rasgaba ya las masas densas de la atmósfera del gigantesco planeta, en creciente marcha, a una velocidad asombrosa que contrarrestaba la enorme atracción de Júpiter y la pesadez plúmbea de su aire nocivo.

Había sido fabricado con todos los problemas posibles resueltos de antemano, para el gran salto hasta Júpiter. Sin embargo, a pesar de ello, tanto la nave como su viajero pudieron haberse quedado para siempre en Júpiter, solamente con que Hans Walters hubiera demorado un par de segundos más su llegada al proyectil, o que éste hubiera tardado dos segundos más en salir disparado a la atmósfera

jupiteriana.

Ahora libre de riesgos materiales, libre de la amenaza tremenda de aquel saurio de pesadilla, miles de veces mayor que el mayor de los monstruos terrestres, Hans respiró hondo, en la cabina de su nave, y fue rectificando el rumbo, la velocidad y todos los controles de a bordo que le permitirían salir de la gravedad de Júpiter y, más tarde, tomar su rumbo definitivo en el vacío, en el mar infinito y pavoroso de los astros y de las negruras eternas, de regreso a la lejana isla azul y brumosa que era la Tierra...

Los resultados de la primera excursión terrestre a Júpiter no eran muy halagüeños ni esperanzadores. Un poco de tierra del planeta, unas muestras de aire y de un líquido similar al agua, pero más espeso y de raro color purpúreo, unas hierbas violáceas y dos flores azules. Eso era todo lo que podría ofrecer a la Ciencia de su planeta, que tanto había confiado en el viaje del mejor y más audaz e inteligente piloto de la «Space International Patrol» de la Tierra.

Para Hans Walters, triunfador en viajes anteriores a Marte y al asteroide C-79, el retorno no era excesivamente triunfal ni convincente. Pero, después de todo, era un retorno.

Y eso, habida cuenta de las condiciones de vida en Júpiter, ya era bastante.

CAPÍTULO II

LA PLANTA AZUL

Lo siento caballeros. No hay absolutamente nada que referirles. Cuando hayamos efectuado las pruebas de laboratorio, ya les avisaré.

—¡Pero, doctor, usted no puede hacernos esto! —protestó vivamente Craig Dobs, del «World and Space News» agitando sus nerviosas manos en el aire—. {El viaje de su compañero y amigo Hans Walters tiene que ser referido al público!

—¿Y quién le dice que no lo refiera, mi querido Dobs? — rió el doctor Alan Kane, acompañándoles a la puerta de su gabinete—. Puedes contar que subió muy alto, muy alto, y llegó a Júpiter. Que tomó muestras de interés científico y ha regresado con ellas a la Tierra.

—¿Y nada más? —aulló Milton Powers, del «Science Magazine».

—Oh, sí, añadan So que más les guste. Por ejemplo, que visitó a las bonitas damiselas jupiterianas, invitó a una al cine, y luego se prometió en matrimonio formal con ella, para casarse en su próximo viaje. ¿Les gusta eso?

—iMire que lo pongo, doctor! —rió Lucy Miles, la bonita «repórter» del «To Day's Progress» —. Y con una composición fotográfica que haría las delicias de nuestros lectores.

—¡Hágalo, y romperé un hueso a la periodista más bonita de América y otro al más repugnante sabio del mundo! — refunfuñó el propio Walters, asomando al fondo de la sala.

La aparición del célebre y valeroso explorador del espacio provocó un pequeño tumulto entre la grey periodística que agobiaba a Alan Kane. Este logró ahuyentar a todos los moscones de la Prensa, con grandes esfuerzos, hasta que el mecanismo neumático de la puerta funcionó, dejándoles a todos fuera, aullando y protestando, pero imposibilitándoles, ante la hermética puerta del gabinete, el volver a la carga.

—Listo —suspiró Kane, fatigado. Alzó los ojos, grises y severos, mirando con reproche a Walters—. ¿Sabes que has sido muy inoportuno asomando por ahí cuando yo trataba, con bastante éxito, de contener a la jauría?

—Y tú eres un maldito embrollador contándoles esas falsas fantasías. Esa endiablada Lucy Miles es capaz de publicarlo íntegro, y montar una fotografía que parezca real, a base de una modelo bonita, vestida de algo raro, besándome en los labios, y diciendo que era una jupiteriana en mis brazos, ¡Imagina la reacción de Dinah! Se lo creería a pies juntillas y rompería nuestro compromiso.

—Tendría su gracia, después de todo, ¿no crees? —rió a carcajadas Kane.

Walters dijo:

—Para ti, para esa repórter entrometida y para los lectores, sin duda.

Pero a mí maldita la gracia que me haría.

—Bueno, creo que ni siquiera Lucy Miles publicaría tal barbaridad. Estáte tranquilo por Dinah y por vuestras relaciones, Walters --su expresión, bajo el rebelde mechón moreno, se tornó más seria y taciturna. Apretó los labios y sus atléticos hombros se contrajeron ligeramente, bajo la blanca bata.

Ahora, seriamente, ¿es cierto que todo cuanto obtuviste de la superficie de Júpiter lo entregaste a las autoridades espaciales, Walters?

—Pues claro —fe miró, a su vez, con la sorpresa reflejada en los azules ojos—. ¿Por qué se te ocurre tal cosa?

—Por nada, Walters. Pero aún recuerdo tu último viaje, la excursión al asteroide C-79. De él trajiste unas cuantas cosas que entregaste a la Policía del Espacio y al Departamento de Investigación Interplanetaria. *Pero no todas*. Yo sé que te quedaste dos muestras minerales. Y si el resultado de los análisis oficiales es cierto, resulta que lo que tienes en tu poder ahora son dos formidables bloques de un metal mil veces más valioso que el platino.

—Pero, Alan, tú sabes que yo no me quedo tales cosas por afán de lucro — protestó vivamente el piloto espacial —. Que son simples recuerdos de mis viajes a otros mundos, una galería de curiosidades del espacio...

—Sí, Walters, pero un día, una de esas «curiosidades» puede ser peligrosa. Puede contener algo que tú no conozcas, que todos ignoremos que puede existir, y termine aniquilándote o amenazando tu vida o tu salud. Piensa que nuestros propios microbios pueden llegar a ser nocivos para un ser de otro planeta, como sus microbios lo serían para nosotros. Un poco de aire, una gota de agua o del líquido que sea, un mineral o una planta, pueden encerrar la muerte, Walters. Es un peligroso juego ése de coleccionar recuerdos de otros planetas.

—No creo en tal fantasía, por científica que digáis que es, Alan, pero personalmente te diré que he rectificado mi conducta. Ahora no me quedo más recuerdos. Todo cuanto obtengo o hallo al alcance de mi mano en las exploraciones espaciales va al Departamento de Investigación Interplanetaria. Absolutamente todo. Así ha ocurrido con los elementos hallados en Júpiter. Así ocurrirá con todos. ¿Tranquilo, Alan?

—Sí —el doctor Alan Kane suspiró, hundiendo las manos en los

bolsillos de su bata. Miraba fijamente a su joven amigo—. Y deseo de todo corazón, por tu propio bien, que eso sea cierto, que no estés engañándome. Recuerda lo que te digo, como investigador y científico. No sabemos nada de otros mundos, *absolutamente nada*, por mucho que creamos haber descubierto. Hay formas de vida y de muerte totalmente ignoradas e insospechadas por el hombre, Walters. En cualquier cosa, en cualquier brizna, molécula o átomo insignificante para nosotros, esa muerte puede estar agazapada, para caer sobre la naturaleza humana. Es mejor deshacerse de todo para estar uno seguro de que no hay ningún peligro en casa que amenace nuestra existencia o nuestra salud.

—Lo tendré en cuenta, Alan, lo mismo que he tenido en cuenta tus consejos —sonrió Hans Walters, con aire de ingenua sinceridad—. Las muestras de líquido, tierra, atmósfera, hierbas y plantas de Júpiter han sido entregadas al Departamento de Investigación de la.«Space Patrol». ¿Es suficiente?

—Gracias, Walters —sonrió, palmeándole con suavidad en el hombro —. Así está mejor. Sabes que solamente deseo tu bien. Hasta ahora, nada especialmente nocivo para nosotros hemos hallado en los planetas distantes. Pero ¿seguiremos teniendo la misma suerte? Está por ver, Hans.- Pero mientras no estemos *absolutamente seguros*, no debemos arriesgarnos. Ven conmigo, pronto recibiremos noticias del laboratorio respecto a tus muestras jupiterianas. Tal vez te interese conocerlas.

—Claro. Me interesa, y mucho. Me gustaría saber algo más de aquel horrible mundo habitado por espantosos monstruos y fieras prehistóricas, gigantescas como montañas.

Avanzaron hacia el fondo del gabinete. De pronto, un ruidito a sus espaldas les hizo volverse bruscamente. Rápido,

Alan Kane cruzó la sala a la carrera para impedir que la persona que estaba forcejeando con la puerta de salida lograra abrir su mecanismo neumático, escapando al exterior.

—¡Alto ahí! —gritó Alan —. ¡No se mueva o me hará utilizar la fuerza!

La esbelta y elástica figura, dotada de generosas y armoniosas curvas, llevaba las bellas piernas enfundadas en malla de brillante azul, botas blancas y breve faldita corta, a la moda de la época, bajo el corpiño ceñido a su busto agresivo.

La cabecita pelirroja y bonita, erguida con aire de altivez y decisión, se volvió en redondo, mirando a Alan Kane que avanzaba hacia ella.

Con sonrisa desafiante, dijo:

—Atrévase a usar conmigo la fuerza, doctor Kane, y le atacaré en mi periódico hasta hundirle —le amenazó con voz vibrante, llena de energía y de valor.

Alan se detuvo. No es que la amenaza le impresionara. Pero no esperaba que fuese precisamente la astuta, la temida y gentil Lucy Miles, quien hubiera espiado la conversación privada entre ambos, cuando creía que no había nadie más presente en su gabinete.

—¿Dónde diablos estaba metida? — masculló con enfado—. No la descubrí...

—Era difícil —rió ella, plenamente satisfecha de su agudeza, señalando uno de los muebles del gabinete—. Mientras usted peleaba con mis colegas, me escondí tras ese mueble, y al ver que no había notado mi ausencia entre los que salían, comprendí que no sería descubierta. Pero debí esperar a que ustedes salieran, y no tener tanta prisa.

—Cierto. Debió hacer eso —asintió, ceñudo, Kane—. Ahora no saldrá de aquí.

—¿Quién va a impedírmelo? —le desafió ella, irguiendo su busto de un modo retador.—Yo.

—¿Usted? —soltó una breve carcajada—. ¿Sabe lo que significa eso? Secuestro. Legalmente, secuestro de un informador público en el ejercicio de su misión. Le encerrarán por ello varios años, o le destituirán de su cargo, doctor Kane. Conozco mis derechos...

—Y yo los míos —rió Alan, a su vez, muy sereno, cruzándose de brazos—. Soy investigador de la Comisión del Espacio, dentro del Departamento Científico del Estado. Si calificamos de «estricto secreto» nuestras investigaciones, usted no puede quebrantar ese secreto oficial, revelándolo en la Prensa. Por lo tanto, estamos en el más perfecto derecho de retenerla para impedir que propague noticias no autorizadas. ¿Enterada, mi inteligente y curiosa señorita Miles?

—¡Oh, es usted odioso! —gritó ella, irritada, dando un taconazo en el suelo. Sus ojos verdosos centellearon con ira —. ¡Elevaré una protesta al Congreso y...!

-Y no le servirá de nada. Mire, Lucy Miles, sea buena chica y no quiera saber más que nadie y ser más lista que el resto de sus compañeros. Firme un documento en el que asegure que todo cuanto pueda declarar al salir de aquí es una patraña con vistas a complacer su afán de sensacionalismos, y la dejaré marchar sin dificultades.

—¡No! ¡No haré eso nunca! —silabeó la hermosa repórter con expresión de furia —. ¡Usted no puede obligarme a... a semejante atrocidad!

—Ya lo creo que la obligaré —rió Alan —. Siga poniéndose terca y tendré que encargar a mi servicio un cubierto más en la mesa, y que disponga la habitación de los huéspedes. También puedo declarar que hay microbios contagiosos en mi laboratorio y pondrán en cuarentena el edificio, impidiendo de cualquier modo su salida por un largo espacio de tiempo...

—¡No se le escapa ningún detalle para demostrar que es un ogro cruel! —le reprochó ella, furibunda. Respiró hondo, y tras un silencio prolongado, declaró—: Está bien, usted gana, doctor Kane. Firmaré un documento... ¡pero no le garantizo nada de lo que pueda suceder cuando yo salga de aquí! ¡Lucharé contra usted con todas mis fuerzas!

—Lo imagino —sonrió él —. Pero serán muy débiles comparadas con las mías, señorita Miles.

—¡Ya lo veremos! —estalló, dando nuevo taconazo irritado en el pavimento bruñido del gabinete.

Al fondo, Hans Walters, testigo mudo de la escena, soltó una risotada burlona.

* * *

—Debí imaginarlo —Hans Walters tiró a un lado el diario, mientras hablaba consigo mismo, en la soledad de su residencia—. Esa muchacha es el mismísimo diablo.

Los titulares en rojo del periódico destacaban tanto como un hipopótamo en un cuarto de baño:

¿QUE MISTERIOS ESCONDE JUPITER, QUE NUESTROS HOMBRES DE CIENCIA QUIEREN OCULTAR? ¿POR QUE EL DOCTOR ALAN KANE,

DE LA COMISION DEL ESPACIO, ME HA PROHIBIDO REVELAR LO QUE HE OIDO EN SU GABINETE?

Escrito por LUCY MILES.

Era el ejemplar matinal del «To Day's Progress». Todo un curso de astucia femenina, dando a entender, sin decirlo claramente, que Lucy había pido testigo de una conversación de grave trascendencia en el futuro del mundo y de las investigaciones interplanetarias, cuyo secreto se le había obligado a conservar con ciertas garantías de que así sería.

A Hans Walters no le iba ni le venía nada en el asunto. Pero le divirtió imaginarse la ira de su amigo Kane, cuando viera que ni con declaraciones firmadas había logrado amordazar el sutil procedimiento informativo y sensacionalista de la más endiablada «repórter» de los Estados Unidos y tal vez del mundo entero.

—El pobre Kane acabará sufriendo del corazón, si quiere poner coto a los desmanes periodísticos de esa chica —rezongó entre dientes Walters, incorporándose de su mullido asiento de espuma —. Es demasiado bonita y demasiado lista.

Sonrió, meneando la cabeza con aire reflexivo. Luego caminó hacia su invernadero, un pabellón encristalado. Allí guardaba «su colección», los maravillosos y únicos ejemplares de sus viajes al espacio, a mundos lejanos que los demás mortales no podían pisar y mucho menos visitar en vanguardia, como él, auténtico «pionero» o explorador de los cielos.

Piedras de Marte, frascos o envases con fango y algas pantanosas de Venus, lepidópteros venusinos, disecados o conservados en alcohol, dentro de envases especiales, oro y otros metales preciosos de Marte y Mercurio. El «argentorum», o famoso mineral riquísimo del asteroide C-79, fragmentos de lava fría lunar, vegetales de Phobos y Delmos, plantas de otros pequeños mundos y lunas visitados por Walters...

Y al fondo del invernadero o museo interplanetario, aquel nuevo y fantástico ejemplar, luminiscente y hermoso.

La planta azul.

Era de grandes hojas melancólicas, semiabatidas, dejando ver su corola púrpura-rojiza, de rosado polen. Había logrado mantenerla en

perfectas condiciones a través del viaje espacial de regreso a la Tierra, conservándola en uno de los refrigeradores de su nave. Y ahora, plantada en una maceta de germinación artificial, se erguía, esplendorosa, radiante, llena de vida, en el lugar de honor de su fantástico archivo de recuerdos cósmicos.

Se acercó. Pulsó un resorte, mientras la contemplaba con legítimo orgullo. De un enrejado situado sobre la planta, descendió una fina lluvia pulverizada, rica en metano y amoníaco, según las condiciones climatológicas del propio Júpiter. La planta, ante sus ojos, como tonificada, centelleó con sus anchos, largos y fláccidos pétalos color cobalto, brillantes de humedad y de vida. En la corola purpúrea hubo como un florecimiento fugaz, al recibir el riego.

La planta vivía. Seguiría viviendo en su invernadero. Había crecido ligeramente, no mucho, en aquellas setenta y dos horas que llevaba en la Tierra, tras el retorno de Júpiter. Tal vez creciese más.

Hans Walters sonrió, burlón, evocando los temores ingenuos, infantiles y absurdos de su amigo Kane. ¿Qué podía temerse de una planta azul, de una flor vulgar, como podía serlo cualquier otra de la Tierra? ¿Qué peligro existiría en un simple recuerdo de otro mundo, cuya diferencia con los terrestres estaba únicamente en su origen o sus características externas?

Se alegraba de no haberle explicado a Alan lo que hizo con la segunda planta. Había entregado una sola a las autoridades espaciales. Ahora la estarían analizando en los laboratorios, sometiéndola a mil tontos experimentos Apruebas, en busca de un hipotético significado. La gente estaba chiflada. Creían que un poco de tierra, una simple flor o un tallo eran capaces de transportar la muerte.

Y él, rodeado de objetos y productos naturales de varios mundos alejados de la Tierra, no tenía el menor problema ni corría peligro alguno. Sentía auténtica pena por los ridículos, pueriles, temores de los terrestres.

Porque jamás unos temores fueron tan infundados como aquellos. Contempló su último ejemplar de más allá del espacio terrestre, del gigantesco y remoto Júpiter. La planta no guardaba relación con el tamaño enorme de los animales jupiterianos. Era de forma y dimensiones normales en la Tierra. Aquél era su único punto extraño. Pero también en el viejo mundo de los humanos había plantas diminutas, casi invisibles, de puro pequeñas.

Se encogió de hombros, tras la fascinada contemplación. No, no podía, *no debía* temer nada. Su museo era inofensivo, no existía en él ninguno de los riesgos mencionados por Kane.

Cerró tras de sí la puerta, dejando el invernadero, con sus raros y valiosos ejemplares cósmicos. La luz, como absorbida, parecía caer exclusivamente sobre la extraña flor azul, con mayor intensidad que sobre ningún otro de los cuerpos inanimados que allí se alineaban.

CAPÍTULO III

ENIGMA

Alan Kane levantó los ojos y contempló a su auxiliar con gesto reflexivo y ligeramente preocupado.

—¿Está seguro de lo que le han comunicado del laboratorio, Darro? —inquirió.

—Totalmente seguro, doctor —asintió Darro —. Me lo dio el propio profesor Larsen. E insistió en que era importante que usted acudiera esta noche allí. El estará espejándole para mostrarle los resultados del análisis espectroscópico.

—Bien, Darro. Gracias, Tengo unos trabajos para esta noche. Y esa visita me los va a desorganizar un poco. ¿Podría usted ocuparse de ello en mi ausencia, o tiene algo que hacer hoy?

—Pues... nada, doctor. Tenía que acompañar a mi novia a una fiesta, pero...

—Oh, en ese caso, acompáñela, Darro. No urge tanto la cosa.

—Pero, doctor, puedo decirle a ella que...

—No, no. No le diga nada, y acompáñela a esa fiesta —sonrió, comprensivo—. Sé lo que es la juventud enamorada, muchacho. Olvide mi observación. Mañana concluiremos la tarea, de todos modos.

—Como quiera, doctor.

Alan Kane se puso en pie, saliendo de la estancia. Darro volvió a su tarea en la mesa de ensayos y experimentos. El joven doctor no podía saber que con su decisión de poco antes acababa de alterar totalmente los sucesos que se avecinaban.

Eso, en aquellos momentos, nadie podía imaginario. Ni siquiera sus protagonistas.

* * *

—Hans, ¿no será cierto eso que se pregunta Lucy Miles en su diario, sobre la existencia de bonitas muchachas humanoides en Júpiter?

—¡Qué tontería! —rió Walters, mirando con cierta inquietud a Dinah —. También dice que debe ser una tierra habitada por espantosos monstruos de tamaño apocalíptico…

—¿Y qué es lo cierto, de todo esto?

—Bueno, la verdad es que… —se cortó, mordiéndose el labio inferior. Inclinó la cabeza, contrariado—. No puedo decirte nada, Dinah. Los jefes me han prohibido toda revelación sobre Júpiter, hasta que se publiquen oficialmente en la Prensa, televisión y radio… Es secreto profesional, compréndelo…

—¿Secreto también para mí, Hans? —se irritó ella, echando atrás con fiereza su morena cabeza de negrísimos y largos cabellos—. Yo no voy a revelarlo a nadie.

—Es que… no puedo hablar, compréndelo. Como piloto de la S.l.P. tengo que callar hasta ser autorizado a hablar. De otro modo, sería destituido en el acto de mi cargo. Trata de entenderlo así, Dinah, por Dios…

—Pues no lo entiendo, Hans, jamás lo entendí. Conmigo no debes tener secretos. Es… ¡es absurdo! No me gustaría casarme con un hombre que tuviese secretos para mí.

—Dinah, yo quisiera decirte algo, revelarte una cosa que nadie sino tú y yo supiéramos, en prueba de plena confianza entre ambos, pero ¡no me es posible! — reflexionaba intensamente, luchando consigo mismo, bajo la mirada entre escéptica y decepcionada de su prometida. De repente, una idea le acosó, brillantemente—. ¡Espera! ¡Creo que ya lo

tengo! Dinah, ¿quieres entrar en mi casa un momento? Quiero mostrarte algo...

—¿El qué, Hans? —se sorprendió ella.

—Algo que nadie, *absolutamente nadie*, ha visto, aparte de mí mismo... y de ti ahora. Ven conmigo. Está en mi museo, junto con las demás cosas que ya conoces...

—¡Cielos, Hans! ¿Has sido capaz de desobedecer las nuevas órdenes de la S.l.P. a sus hombres, recogiendo recuerdos, «souvenirs» de los planetas visitados en misión oficial?

—No tiene importancia —rió, divertido, conduciendo a Dinah por la escalera automática de su vivienda —. Es una simple flor...

—¿Una flor? —el estupor de Dinah iba en «jumento—. ¡Hans, eso es maravilloso! ¡Me entusiasmaría tener una flor de Júpiter! ¡Sería la única mujer del mundo que poseyera tal tesoro!

—Dinah, espera —la detuvo Hans, inquieto—. No es una flor vulgar, una orquídea o una rosa que se regala a una mujer. Ese ejemplar de la flora planetaria exterior ha de quedarse en mi museo. No te lo puedo dar, mientras no sepa cómo es en realidad. Hay un duplicado exacto, otra flor en los laboratorios. Esperaremos a saber el resultado de los análisis. Y entonces, si sigue siendo una flor normal, te la regalaré.

—Oh, Hans, esa gente puede tardar semanas, meses, en dar su informe oficial, tú sabes cómo son... No, no, prefiero tenerla ahora, si es realmente bonita. Hans, no puedes negarme también eso. ¡Sería cruel!

—Está bien —suspiró Walters, resignado a perder uno de sus mejores y más bellos ejemplares—. Si realmente sigue gustándote cuando la veas, te la daré. Pero necesitarás un pulverizador especial de agua, gas metano y amoníaco. Te daré el mío, si tanto empeño tienes por esa planta.

Entraron en el invernadero. Hans encendió con una leve presión sobre el interruptor las luces indirectas, azuladas y límpidas. Dinah lanzó una exclamación de asombro. Y, como sonámbula, avanzó hacia la esplendorosa y soberbia flor azul, que recibía una gran cantidad de luz, reflejándola con bello e irisado frescor en sus anchas hojas color cobalto.

—¡Oh, Hans! —musitó con éxtasis, deteniéndose delante de la planta — . ¡Es prodigiosa!

Walters se había quedado algo perplejo, contemplando el raro ejemplar jupiteriano. Sin saber por qué, estaba advirtiendo algo extraño en él. No sabía explicarse qué podía ser, pero ¡aquella flor no *estaba igual a como él la dejara*!

¿Qué era lo que había cambiado en ella?

Dinah seguía reflejando su estupor y su maravilla ante la planta, con palabras extáticas, admiradas:

—Jamás vi flor igual... Ese azul..., esos pétalos..., esa corola..., ¡tan grande y jugosa, tan fresca, tan *llena de vida*!

De súbito, Hans Walters supo lo que había ocurrido. Supo en qué consistía el cambio de la flor. Musitó, con voz ronca:

—Sí... DEMASIADO grande.

—¿Eh? —ella se volvió, intrigada —. No tanto, Hans. Es... como puede ser en nuestro mundo una hortaliza de gran tamaño, no mayor...— Aún así, Dinah, hay algo en esa flor que empieza a no gustarme. ¡Porque cuando yo la dejé, hace cosa de seis horas, su tamaño era el de un girasol, todo lo más! ¡Ha crecido *mucho* en tan poco tiempo!

Los dedos de Dinah rozaron suaves, acariciadores, la aterciopelada superficie de la planta,

—Será una condición de la flora jupiteriana, Hans. No tiene importancia. También la hiedra, las enredaderas, crecen de forma desmesurada entre nosotros, y nadie se asusta por ello. El hecho de que proceda de Júpiter nada significa.

—Está bien, si insistes en querértela llevar a casa, hazlo. Pero no la riegues con demasiada frecuencia. Así evitaremos que siga creciendo. Aunque lo cierto es que ese pulverizador automático solamente funciona cada tres horas, según su dispositivo.

—Acaso necesite menos riego —sonrió Dinah —. Yo me cuidaré de eso, Hans. Espaciaré más el funcionamiento del pulverizador.

—Dinah, no debes decir a nadie de dónde procede la planta, ni quién te la dio —avisó Hans, nervioso—. Me costaría un disgusto muy serio. Ni siquiera Alan Kane debe saberlo. Me ha advertido; en esta ocasión no guardaría silencio y denunciaría mi desobediencia a la Comisión del Espacio.

—No temas, querido. Te agradezco mucho el regalo... Sé que soy la primera, la única mujer del mundo que recibe una flor del planeta Júpiter de manos de su prometido. ¡Me haces feliz con ello, Hans! —le rodeó con sus brazos, turbadoramente hermosa y seductora, cubriendo los labios del joven piloto con los suyos, carnosos y frescos.

Hans se olvidó de todo. Incluso de la flor que tan extraña e inquietantemente había crecido en muy pocas horas. Un hombre, por experimentado que estuviese en los viajes a través de las estrellas, seguía siendo igualmente incauto y necio cuando le rodeaban unos brazos de mujer bonita y caprichosa.

Hans Walters no era una excepción.

* * *

Alan Kane se quitó lentamente las gafas, cuya extremidad mordisqueó, distraído, con los ojos clavados en los corpúsculos purpúreos que había contemplado a través del potente sistema de lentes del microscopio. Luego, muy despacio, levantó la cabeza hacia el profesor Sherwood Larsen.

—¿Completamente demostrado, profesor? —preguntó con voz ronca.

—Sin lugar a dudas —asintió, sombrío —. Usted mismo lo ha comprobado.

—Sí, pero ¡es tan asombroso, tan increíble!

—Todo es increíble mientras no se demuestra su posibilidad. Y la evidencia está ahí.

—Sí, está ahí —Kane sintió que su frente se perlaba de gotitas de sudor y se pasó por ella el dorso de su mano, respirando fuerte—. Bien. ¿Y qué hacemos ahora, profesor?

—Su pregunta resulta obvia, doctor Kane. Solamente podemos hacer una cosa, aunque con ello aniquilamos nuestro único ejemplar de la flora de Júpiter. Esa flor azul es *demasiado peligros*a... ¡Hay que destruirla inmediatamente!

Alan Kane asintió en silencio. El también había llegado íntimamente en aquella conclusión. Aseguró con firmeza:

—Sí, profesor. Creo que no tenemos otro remedio, por mucho que, como científicos, nos duela hacerlo.

Reinó el silencio en el laboratorio de los especialistas de la Comisión Científica del Espacio. Luego/el profesor Larsen expuso la duda que, posiblemente, carcomía su cerebro desde largo tiempo atrás, desde que descubrieran lo que ocultaba aquella flor inofensiva:

—¿Y Hans Walters, doctor Kane? ¿No habrá traído más flores de éstas en su manía por poseer recuerdos de sus viajes al espacio?

Alan se estremeció, sacudido por la misma terrible duda.

—Dios mío. ¡Sería espantoso que eso ocurriera, sin saberlo nosotros!

—Pregúntele, doctor. Hágale ver la gravedad de tal hecho, pero sin revelarle, naturalmente, la auténtica naturaleza, de lo que hemos hallado.

—Sería inútil, profesor. Conozco bien a Hans. Es terco, y su escepticismo llega a límites insospechados. Si le hablo de esto, me jurará por todos sus antepasados que no tiene ninguna flor, aunque su casa rebose de ellas. No, profesor. No resolveríamos nada por ese camino. Y anunciándole un registro, tampoco. Porque encontraría el medio de ocultar su «souvenir» en alguna parte, bien ajeno al peligro.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Cómo comprobar que esta horrible planta es única?

—Del único modo posible. Esta noche iré yo mismo a su casa. Mientras duerme me introduciré en su invernadero, donde sé que guarda los «recuerdos» de sus viajes, y...

* * *

La delgada línea de luz barrió el ámbito encristalado del invernadero. La sombra del visitante nocturno se movió, junto a las vidrieras esmeriladas y translúcidas, recorriendo con ojos agudos los heterogéneos objetos que aparecían en el museo particular del piloto Walters.

Todo estaba en silencio. En alguna parte de la casa dormía Hans. El visitante de medianoche se aprovechaba de esa circunstancia para recorrer su interior, en busca de algo que temía hallar.

Revisó líquenes, piedras, muestras asombrosas de un sinfín de mundos que nadie, salvo el bravo tripulante espacial había visitado. Pero ni rastro de una flor azul apareció ante sus ojos. Todas las muestras,

salvo raras excepciones, eran minerales.

Había también algunos ejemplares curiosos de las más remotas flores planetarias, y hasta un pequeño animalito anfibio, que buceaba en un gran jarro de cristal, y cuyo aspecto era muy similar a una rana, aunque más lento, provisto de un largo rabo, piel anaranjada y redondos ojos expresivos, sin duda inteligentes.

El intruso apartó con una mueca de desagrado su mirada del «venusiano», insecto humanoide vivo que el disparatado Walters se trajera de su excursión al planeta pantanoso.

Sin embargo, prefería cien veces la presencia de aquel animalito a la de una flor azul, como la examinada aquella noche en el laboratorio, y que ahora habría sido destruida ya por el personal especializado de la Comisión del Espacio, sin dejar de ella el menor vestigio.

Respiró aliviado, tras un nuevo examen. No había nada alarmante. Ni nada que hiciera suponer que Hans había ocultado ejemplar floral alguno de su excursión a Júpiter. Tal vez estaba empezando a regenerarse de su peligrosa costumbre.

El rayo de luz se extinguió. La sombra fundióse con las demás. Poco después, una de las hojas de cristal de la ancha claraboya situada sobre los objetos singulares de aquel museo privado, se descorría de nuevo. Pero ahora, no para dejar paso a ningún merodeador sigiloso, sino para devolverlo a la quietud solemne del jardín que rodeaba el moderna edificio hemisférico de Hans Walters.

Entre los setos y rosales artificialmente cultivados por los avanzados sistemas de cultivo y florecimiento del año 2088, la silueta del visitante nocturno se alejó de la casa.

Ahora podía sentirse en paz Alan Kane. La única flor existente había sido destruida. No quedaba ninguna más, ni siquiera en poder del incorregible coleccionista del espacio.

Al menos, eso pensaba él en aquellos momentos. Era un error que bien pronto iba a pagar caro. Y con él, toda la Humanidad.

Pero eso no podía saberlo Kane.

Como tampoco sabía que, en aquel preciso instante, el destino de todos estaba pendiente de un hilo sutil. Un hilo simbolizado por la llamada de telefonovisor, que Hans Walters en persona estaba viendo desde su dormitorio, al despertar de una terrible pesadilla.

* * *

Walters despertó bañado en sudor frío, convulso por el horror de su sueño.

Encendió la luz del dormitorio, miró en derredor, como temiendo verse cercado nuevamente por aquellos espantosos animales antediluvianos que viera tras de sus talones, en Júpiter.

Los fantasmas de su sueño iban más lejos que el ser humano, y más que los propios monstruos planetarios, porque no se apartaban de él. En su sueño, habíase visto rodeado de grandes flores azules, que florecían como los hongos bajo la lluvia. Flores hacia ¡as que se precipitaban legiones de aquellos animales ciclópeos, con las fauces abiertas. Luego, al llegar junto a él, al verle chillar, encogerse como un pigmeo estremecido de terror, los animales parecían reír, y empezaban a devorar plantas azules. Uno de ellos, como sí fuera posible que tuviese voz, le gritaba, retorciendo la lengua entre sus pavorosos colmillos:

—¡No te abandonaremos nunca! ¡Nunca hombre de la Tierra! ¡Tenemos que comer y esas flores son nuestra comida! ¡Nos quedamos aquí, y cuando terminemos las flores, os devoraremos a vosotros! ¡A todos!

Las risas, entonces, habían parecido llegar, huecas y distantes, de todos los puntos cardinales. Convulsionándose entre fauces atroces y titánicas, había despertado bruscamente de su espantosa pesadilla.

Ahora, sacudido por el pánico, se lanzó sobre el teléfonovisor. Marcó un número, el de Dinah. Pero percibió la señal de comunicar, y en la micropantalla de su receptor telefónico vio el rótulo indicador: Cortada la conexión.

Era lo que acostumbraba a hacer todo el mundo al dormirse, para evitar molestias a medianoche con llamadas inoportunas.

Pero Hans sentía necesidad de llamar a alguien, de tranquilizarse. Nervioso, temblándole los dedos, encendió un cigarrillo. Fumó, ávido. Tuvo una idea, y requirió de nuevo el teléfono.

Ahora llamó al laboratorio. Sabía que Kane se quedaba hasta tarde. Y si él no estaba, Darro andaría por allí, de guardia. Pero se equivocó, porque el telefonovisor sonó una y otra vez. En la pantallita apareció el laboratorio y el despacho, totalmente desiertos y con las luces

apagadas, salvo la bombilla roja que quedaba siempre encendida.

—¡Todos ausentes! —irritado, colgó, apagándose la visión de la pantalla—. ¡Al diablo con ellos!

Se puso en pie, preguntándose si debía ir a ver a Dinah, despertarla a toda costa y destruir la planta azul. Se imaginó el escándalo que eso suponía, y el disgusto que provocaría en ella.

Por otro lado, calculó si debía llamar al Centro de Coordinación de Exploraciones del Espacio, para revelar sus temores. Desechó la idea en el acto. No, no podía hacer eso o se descubriría a sí mismo, dando motivo para ser despedido por desobediencia manifiesta de las severas órdenes recibidas.

Encendió un segundo cigarrillo. Poco a poco, el fresco del aire acondicionado iba despejándole, ya no sentía aquel viscoso y helado sudor en la faz, y sus nervios se templaban.

—Has sido un grandísimo idiota, Hans, en ponerte así por un simple sueño —se dijo, mirándose en el espejo con aire de reconvención—. Pudiste haberte metido en un buen lío, si llegas a encontrar a Kane o a Darro en vela. Más vale así, muchacho. ¿De qué diablos te asustas? El recuerdo de aquellos monstruos, unido a las reconvenciones de Kane y tu propia pesadilla te han desequilibrado. Vamos, descansa, duerme. Mañana verás las cosas de forma muy diferente. Todo esto es una tontería…

Al tercer cigarrillo estaba totalmente calmado, dueño absoluto de su serenidad. Volvió al lecho, riéndose de sí mismo. Ahora se alegraba de que sus dos llamadas hubieran fallado. Era estúpido incomodar a Dinah sin razón, o provocar su expulsión del Cuerpo por delatarse él solo.

No hay monstruos que viajen por el espacio, detrás de una flor, se dijo burlonamente, apagando las luces otra vez.

Hans no sabía que en aquel preciso instante, cuando él llamaba frenéticamente al laboratorio de Alan Kane, éste en persona se hallaba en el invernadero, a escasa distancia de él, separado por un par de muros, frágiles pero aislantes del sonido.

Luego ya había pasado la momentánea debilidad de sus nervios, maltrechos por lo que soñara. Y, con ello, la posibilidad de ser advertido Kane cuando todavía era tiempo. Tiempo de detener lo que iba a llegar.

Algo que Hans Walters, al volverse a quedar dormido, esta vez apaciblemente, no podía siquiera imaginarse ¡pero que era mucho peor que su propia pesadilla!

CAPÍTULO IV

¡DEMASIADO TARDE!

Alan Kane detuvo su monomóvil ante el edificio blanco, deslumbrante, de altas y agudas torres erguidas hacia el azul, descendiendo al sendero serpenteante, metálico, por el que circulaban los vehículos urbanos del gran New York de 2088.

—¡Eh, doctor! —llamó alguien, tras de él —. ¡Espere un momento!

Se detuvo, volviéndose vivamente hacia el lugar de donde provenía la voz. En la banda de circulación inmediata, un micromotor rojo se había parado, descendiendo de él una figurita esbelta y graciosa, rematada por una cabeza de rojos cabellos, que avanzaba hacia el joven doctor Kane.

—¡Usted! —Alan suspiró con fuerza —. ¿Es que quiere convertirse en mi pesadilla, señorita Miles? Si anda buscando nuevo material para sus patrañas periodísticas, le diré que se equivoca. No tengo nada para usted.

—Y aunque lo tuviera, no me lo daría, ¿no es cierto? —rió ella, divertida, guiñándole un ojo con aire burlón. Su rostro tenía un matiz irónico y jovial. Vamos, doctor Kane, no se muestre tan fiero. En el fondo es usted un buen chico.

—Con usted, muy en el fondo —cortó Alan, secamente—. Le hice firmar un documento, ¿recuerda? Luego, me hizo la jugarreta, igualmente, dejando caer sugerencias que para sus lectores son como afirmaciones.

—¿Qué culpa tengo yo de tener tan buena fama entre ellos, y de que mis lectores me sean tan fieles? —rió de buena gana, con su boca

carnosa—. ¿No me perdona, doctor?

—¡No!

—Es usted terrible —se encogió de hombros—. En fin, tendré que buscar otros medios de información sobre la flor azul de Júpiter...

Y se dispuso a alejarse, dando media vuelta airosa, olímpicamente. Su faldita breve ondeó con gracia a la altura de sus muslos, enfundados en malla azul. Alan Kane pegó un respingo y, abalanzándose sobre la periodista, la detuvo sujetándole el brazo con energía.

—¡Eh! ¡Espere un momento, diablo! —estalló, al aferrarla—. ¡Hábleme otra vez de eso!

—¿De la flor azul? —ella sonrió, y luego miró a su brazo —. Doctor, me hace daño...

—Oh, perdone —la soltó vivamente, sintiéndose algo confuso bajo la maliciosa expresión de los verdosos ojos de la joven —. Pero eso que ha dicho antes... ¿Por qué se preocupa de la flor azul? ¿Qué sabe de eso?

—Nada apenas —hizo un gesto de inefable ignorancia—. Por eso, quería hablarle. Para saber...

—¿Saber qué?

—Eso digo yo. ¿Qué hay tras esa flor, doctor Kane?

—Ante todo, ¿cómo se ha enterado de que existía una flor azul? ¿Quién se lo dijo? Lo que Hans Walters ha traído de

Júpiter, se conserva dentro del secreto de la Comisión del Espacio y...

—Ya ve que no soy de la Comisión del Espacio, y, sin embargo, no es secreto para mí —rió Lucy Miles, la «repórter» más sagaz y peligrosa de los Estados Unidos.

—¡Ya veo! Por eso quiero saber sus fuentes de información.

—Un periodista jamás revela eso a nadie —se irguió, belicosa—. Pero si usted fuera buen chico y me contase algo para mis lectores, yo podría ceder por mi parte también, y decirle alguna cosa que puede interesarle,

—No se lo habrá contado el propio Walters, ¿verdad?

—No, no. Su piloto es callado a toda prueba, no tema. Son otros mis medios informativos.

—Conseguirá usted volverme loco cualquier día —jadeó exasperado Alan Kane—. Una de dos: usted o yo sobramos en el país. Este es demasiado pequeño para ambos.

—Vamos, no dramatice tanto las cosas —graciosamente, la muchacha se colgó de su brazo, soltando una breve, cristalina carcajada—. A mí me parece que podemos convivir ambos perfectamente. Es más, doctor Kane, resulta usted un científico muy guapo y atractivo. Sería terrible perderle de vista.

Alan suspiró. No había remedio con aquella muchacha. Era el diablo en persona. Y, por ende, un diablo excepcional- mente bonito y sugestivo, que aún resultaba peor.

—Bien, venga a mi despacho —dijo, tras una pausa —. Trataré de referirle algo para sus lectores, sin que ello resulte incompatible con las normas de seguridad y secreto de mi Departamento. Pero, a cambio de ello, espero también algo de confianza por su parte. Sin trucos, señorita Miles.

—Sin trucos, doctor Kane —alzó una mano abierta, en formal promesa —. Y puede llamarme Lucy. Me gusta más que ese horrible «señorita Miles».

—Está bien. A su gusto... Lucy —admitió Alan, resignado, entrando en el edificio con la bonita «repórter» colgada de su brazo, bajo las miradas burlonas de los funcionarios.

Una vez en su despacho privado, Lucy se sentó en una de las butacas de aire condensado y tapizado esponjoso, con un suspiro de alivio.

—Es magnífico vivir como usted vive, doctor Kane — rió de buena gana, mirándole con malicia —. Esto es un palacio.

—Sí, pero no mío —advirtió Alan, sonriendo también —. Los soberanos de todo esto son los dirigentes de la Comisión del Espacio, mi buena amiga Lucy. Bien, vayamos a lo nuestro. ¿Qué hay sobre esa flor azul que tanto le interesa?

—No, no. Eso no vale, doctor. Empiece usted hablando. Yo me referiré después a lo mío. Tiene usted más motivos para fiarse de mí que yo de usted.

—¿De veras? —Alan enarcó las cejas. Ni siquiera lo imaginaba así. ¿Sabe lo que haré? Voy a darle el cincuenta por ciento de la información. Luego, usted me dará la suya. Y yo cerraré con el cincuenta restante. ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio! —movió la pelirroja su cabecita, desalentada—. Es terrible tratar con gentes tan desconfiadas.

—Ustedes, los periodistas, me han hecho así —masculló Kane, dando unos pasos por el confortable despacho. Se detuvo de pronto sobre la roja alfombra de espuma, justamente frente a ella. La contempló con sus agudos ojos grises, fijamente —. Escuche esto y dígaselo así a sus sectores. La conquista del espacio ofrece problemas y peligros muy graves que la gente normal no alcanza a descubrir ni siquiera a sospechar. El remoto y ya vencido pánico a las radiaciones cósmicas, ya se ha demostrado inofensivo sobre los organismos humanos, debidamente acondicionados en nuestras actuales naves interplanetarias, ha sido substituido hoy día por un temor a posibles invasores de Marte y de otros mundos, donde el hombre ha puesto su planta pero no ha tenido aún tiempo ni medios para explorarlos en su totalidad. De cada planeta visitado conocemos apenas la porción proporcional que en la Tierra supondría haber recorrido Manhattan o Coney Istand. Es absurdo, con tal experiencia, asegurar que Marte está inhabitado y que otros planetas no encierran secreto para el hombre. Todos sabemos que hasta hace cuatro años no dejó de ser una incógnita para el hombre la zona inexplorada del Amazonas y el interior, jamás visto por el occidental, de los vastos lugares montañosos tibetanos.

—Muy erudita charla, doctor Kane —aprobó Lucy, bostezando— Pero ¿a qué conduce todo ello? ¿A una novela de marcianos y platillos volantes?

—No. A una posibilidad más fantástica. A la existencia de formas de vida, animal o vegetal, desconocidas para el hombre. Usted me preguntó qué era la flor azul de Júpiter. Y yo no puedo darle el resultado del análisis. Pero diga a sus lectores que del mismo hemos deducido el gran peligro que para la Tierra supondría traer aquí objetos, aparentemente inofensivos de otros planetas. Y que en una porción de tierra marciana, de fango venusiano o de una flor de otro mundo cualquiera, puede estar encerrada la muerte para todos, en una forma desconocida e insospechada actualmente.

—Doctor Kane, me asombra usted. ¿Hay microbios en esos planetas que nosotros no somos capaces de tolerar en nuestro organismo tal

vez? ¿La vieja teoría de Wells en su «Guerra de los Mundos», trastocada en sus términos?

—No. Algo peor. Esas plantas, esos fragmentos minerales o vegetales, llegados de más allá de nuestro espacio, pueden ser el vehículo para una auténtica invasión de la Tierra.

—Parece absurdo —comentó Lucy, lentamente, con gesto grave—. Pero veo que no lo es. Está hablando en serio, ¿verdad, doctor Kane?

—Muy en serio, Lucy. Esa flor… de Júpiter era diabólica.

No puedo decirle por qué. Especulen ustedes, hagan cébalas, pero yo no diré nada. Nadie dirá nada en el Departamento Científico, porque sería demasiado horrible. Sin embargo, sepa que la simple existencia de *una sola flor más* en el mundo, procedente de Júpiter, significarla, tal vez, el fin de la raza humana. Un desastre para el mundo si no se nos avisara a tiempo de su existencia para aniquilarla, para destruirla totalmente, como hemos destruido la que se analizó anoche en nuestros laboratorios —hizo una pausa, ante la leve palidez y la rara expresión de temor reflejada en los ojos de la muchacha, y concluyó, con un suspiro—: No quería hacerlo, pero le he contado absolutamente todo, Lucy. Todo lo que puedo contar, no un cincuenta por ciento. Ahora espero su colaboración. *¿Cómo sabía usted que existía una flor azul de Júpiter?*

Ella no contestó. En vez de eso, abrió el cierre de su blusa-suéter de plástico. Extrajo una carterita de piel y de su interior una fotografía. Se la tendió a Alan.

—Esto contestará por mí, doctor Kane —dijo, con voz alterada, vacilante.

Alan profirió una interjección de estupor al ver lo que ella le mostraba. Era una soberbia instantánea en color, limpia y bien tomada. Una fotografía cuyo modelo o motivo resultaba tan claro como la misma luz del día.

—¡Dios mío! —musitó, sintiendo una crispación de angustia en su ser —. ¡*Es una flor azul de Júpiter*!

* * *

—Sí, es una flor azul procedente de ese planeta. Lo sospeché en seguida.

—¡Lucy! —la miró, apartando sus ojos del azul de aquella planta fotografiada tan soberbiamente sobre un fondo de luz fluorescente intensa, que facilitó la limpieza de la imagen captada — . ¿Dónde ha tomado esta fotografía? ¿Cómo pudo llegar hasta la flor? ¡Alguien de los laboratorios ha traicionado el secreto de…!

—No. Nadie ha traicionado a nadie. —Lucy respiró hondo—. Esa flor… no es la que han destruido en su laboratorio.

—¿Eh? — Alan pegó un respingo. Miró con ojos dilatados a la muchacha — . ¡Debí sospecharlo! ¡Hans, el muy estúpido, ha traído más flores! ¡Hay otras en la Tierra!

—Que yo sepa, solamente una: ésa. No le hubiera dicho su emplazamiento, doctor, de no ser tan peligroso dejar que una planta de ésas permanezca entre nosotros.

—¡Pronto! ¡Dígame dónde la encontró, dónde hizo esta fotografía! ¡Es absolutamente preciso que hable en el acto! ¡Es cuestión de vida o muerte!

—Hice esta fotografía ayer introduciéndome a escondidas en un domicilio ajeno, en ausencia de su dueño… El domicilio de Hans Walters. Estaba en su invernadero…

—¡Cielos, no! —Alan la miró, aturdido—. Anoche… Anoche estuve yo allí y no había nada en el invernadero. Ni rastro de esta flor. ¿A qué hora fue usted?

—Sobre media tarde, cuando la luz solar era más fuerte en el museo privado de Walters. Estaba bajo una luz artificial y había un depósito de riego pulverizado, con registro automático para cronometrar los riegos. Hice la fotografía desde la claraboya…

—Entonces, después de esa hora, Walters ha guardado la planta en otro sitio… ¡Vamos, hay que averiguar dónde la esconde antes de que ya no haya remedio! ¿Me acompaña?

—¡Caramba, doctor! ¿Es que lo duda? —se incorporó de un salto, saliendo disparada tras de él, siguiéndole a la carrera, y a duras penas, en sus largas, precipitadas zancadas—. ¡Eh, espere! ¡No corra tanto, por favor!

Salieron al exterior. Un vehículo de dos plazas se detuvo a sus llamadas, y les recogió. Alan se sentó al volante magnético, marcó en el plano urbano electrónico el punto a donde se dirigían, y oprimió el

resorte automático de marcha. El automotor arrancó vertiginosamente, descendiendo por las rampas pronunciadas de las rutas aéreas de la ciudad. La vivienda de Hans era su destino.

* * *

—No, no sé de qué me hablas, Kane —protestó Walters, retrocediendo, muy alterado—. Yo... yo no sé nada de esa flor. Os entregué la única que...

—¡Mientes! ¡Mientes otra vez, Walters! —aulló crudamente el joven sabio. ¡Mira la prueba! ¡Esta fotografía ha sido tomada en tu invernadero!

Agitó entre los ojos dilatados del piloto la fotografía en color, y el viajero de los espacios se estremeció, asustado. Miró un solo momento, de soslayo, a la sombría Lucy Miles, que escoltaba al enfurecido Alan. Luego esbozó una sonrisa de astucia.

—Bueno, en ese caso, id al invernadero y comprobad si está allí tal cosa —arguyó, burlón.

—Ya sé que no está allí —cortó Alan fríamente, dejándole sorprendido y desconcertado—. Solamente encontraremos la luz fluorescente, y acaso el aparato de riego pulverizado. ¡Pero *estuvo* ayer allí... y tengo que saber dónde está ahora!

—Alan, es un disparate. Si lo que pretendes es...

—¡Lo que pretendo es impedir que esa flor deje paso al horror más terrible que puedas imaginar! ¡Si no encontramos pronto esa flor azul y la destruimos, Hans, va a suceder algo espantoso, y tú tendrás la culpa! ¡Además serás la primera víctima si te encuentras cerca de la flor!

Una palidez mortal se extendió por el rostro del piloto. Adivinó que Alan hablaba en serio. Y, súbitamente, el terror de su pesadilla de la noche antes volvió a hacer presa en él. La imagen de los pavorosos monstruos prehistóricos le asaltó, haciendo que su rostro se cubriera de sudor helado.

—Alan...—jadeó roncamente—. Alan, ¿qué quieres decir con eso... de... de la primera víctima... la que esté más cerca de la flor?

—Lo que he dicho, Hans —le miraba fría, inquisitivamente. La dureza

de sus rasgos decía más claramente que nada lo cierto, lo urgente de sus temores—. Si tienes esa maldita planta en casa… ¡*deshazte de ella en el acto*! ¡Entrégala! Ahora ya no es cuestión de tu empleo ni de las normas de la Comisión Espacial. Te prometo interceder cuanto pueda para evitar que tomen represalias contigo. Y no las tomarán, nadie te despedirá… si hablas en seguida, si revelas el paradero de esa segunda flor y de las demás que puedes haber traído de Júpiter.

—No, no hay más que esa otra y… —se mordió los labios, al verse descubierto—. ¡Oh, Alan, no quisiera hacerlo! ¡Dinah se enfadará conmigo cuando…!

—¿Dinah? — cortó Alan —. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

Hans Walters tragó saliva antes de responder, con voz ronca:

—Es que… ella…, ella es… la persona que tiene en su domicilio… la flor.

—¡Dios mío! ¡No! —Alan Kane retrocedió, con un escalofrío. Sintió que se erizaban los cabellos de su nuca—. ¡Diste a Dinah esa flor, le regalaste un vehículo de muerte, sin saberlo tú mismo!

—Alan… — lívido Hans Walters se movió hacia él. Tambaleante, estremecido—. Alan, dime que eso no es cierto…

—Quisiera podértelo decir, Hans, pero no me es posible, porque te mentiría… Una pregunta tan sólo: ¿esa flor crece muy de prisa?

—¡Si! —desencajado, clavó sus ojos en el doctor—. Alan, por el amor de Dios, ¿qué tiene esa dichosa flor?

—Algo espantoso… ¡que espero podamos evitar aún! ¡Vamos, condúcenos hasta la casa de Dinah! ¡Han pasado demasiadas horas, pero tai vez lleguemos a tiempo!

Los tres echaron a correr hacia la salida. Ahora Hans dirigía a los demás, avanzando en cabeza. Una desesperada, urgente pugna contra el tiempo se iniciaba. Tres personas, las únicas capaces de impedir una gran hecatombe, se encaminaban vertiginosamente, a través del ultramoderno y deslumbrante New York, hacia la vivienda de Dinah.

Hacia un edificio cualquiera, perdido entre miles de grandes edificios. Pero un edificio donde la muerte, el horror que nadie podía sospechar, estaba comenzando a amenazar a la raza humana sobre la superficie de la Tierra.

* * *

Dinah hizo girar el pomo de la puerta, entrando confiadamente en el estudio que tenía en la planta alta de su residencia. Allí había dejado la noche antes la planta que le regalara su prometido, la orgullosa y bellísima flor exótica, llegada del lejano Júpiter.

La caprichosa y bonita joven penetró en el estudió de trabajo, de altísimo techo y grandes vidrieras, asomadas a Manhattan, donde ella trabajaba con sus esculturas y diseños artísticos.

Sus ilusionados ojos se dirigieron a la mesa donde dejara la maceta con la extraña flor azul. En el acto profirió un grito de horror, y retrocedió, tambaleándose, hacia la puerta.

¡*La flor azul habíase convertido en una planta de gigantesco, colosal tamaño*, invadiendo con sus enormes y brillantes hojas o pétalos, casi todo el estudio, y llegando a arrugarse o a reptar por el muro, cuando no podían extenderse más!

Pero ese crecimiento fabuloso de la flor jupiteriana no era lo más terrible.

Dinah no huía de eso, sino del atroz, espeluznante cuerpo que se movía, reptando, sobre el suelo del estudio. ¡*Algo sin forma, similar a un colosal, enorme guisante, de dimensiones superiores a diez o doce veces la de un ser humano!* ¡Y el guisante se movía, se retorcía, saltaba vivamente, como queriendo hacer algo que le resultaba trabajoso!

El chillido de terror de Dinah fue escalofriante. Pero estaba sola en casa y no podía pedir auxilio a nadie. Buscó desesperadamente la puerta, pero en su nerviosismo no logró abrirla de nuevo. Miraba con vivor horror a la flor azul, el cuerpo vegetal, de forma alargada, como una funda de tejido azul-verdoso, llena de vida propia.

Dinah consiguió encontrar el pomo de la puerta. Pero cuando cerraba los dedos en su torno, tratando de girarlo, algo increíble, aterrador, sucedió en el estudio.

¡Aquella especie de guisante rasgó su envoltura vegetal y algo surgió de su interior, con un bramido estremecedor, horrísono!

Dinah se tambaleó, lívida. Una expresión delirante crispó su rostro, y el grito creció, creció más y más. Aquello se movió hacia ella. Unos ojos amarillos, alucinantes, se clavaron en la muchacha. Un sonido inaudito, terrible, vibró dentro del estudio cuando lo que contenía

aquella vaina vegetal se movió, avanzó tratando de acorralar a Dinah.

La imprudente joven huyó. Escapó de la puerta, hacía la que se movía la «cosa». Cruzó a la carrera el estudio, buscando en forma desesperada, irreflexiva, un punto de escapatoria, un lugar por donde pudiera huir, escabullirse al horror viviente que se le venía encima.

Algo como un aliento le rozó la nuca. La sombra del ser espeluznante se proyectó sobre ella.

Dinah chilló en un trémolo agudo y terrible, las piernas le flaquearon y cayó.

Cayó contra la vidriera y la destrozó con su cuerpo, abriendo un boquete en el ventanal abierto a las blancas y ultramodernas calles de New York.

El vacío acogió a la muchacha. Su grito se perdió en el aire, mientras caía, en mortal zambullida, desde más de cien pisos de altura.

Arriba, en la habitación de pesadilla, una sombra pavorosa, lenta y repelente, cruzó ante los vidrios destrozados. Unos ojos amarillos miraron con asombro, con incomprensión absoluta, al lugar por donde desapareciera Dinah.

Luego la sombra viviente se movió despacio, alejándose del ventanal.

* * *

Por la ruta metálica, serpenteante, que describía una espiral ascendente hacia la cumbre de los blancos rascacielos, subía el automotor donde viajaban Alan Kane, Walters y Lucy

Estaban llegando a la vivienda de Dinah. Pero ignoraban que ya era tarde. Demasiado tarde.

CAPÍTULO V

¿QUÉ Y DÓNDE?

Los tres se sentían sacudidos por un trágico hálito de temor, de angustia y zozobra cuando empujaron la puerta del estudio de escultura, tras el silencio inexplicable que reinaba en la casa.

—¡Dinah! —gritó Hans Walters, invadido por un terror que no sabía explicarse.

—Un momento, Hans —pidió duramente Kane—. Yo entraré primero.

De su chaqueta extrajo una pequeña pero potentísima pistola de proyectiles nucleares. Era obligado para todos los científicos y técnicos de la Comisión del Espacio ir armados contra cualquier contingencia que, incluso, como en aquel caso, podía llegar de más allá de la Tierra, de otros espacios.

Abrió la puerta.

Penetró en el estudio. Rápidamente, sus ojos agudos se fijaron en el titánico y descomunal tamaño de la flor azul, cuyas hojas inmensas, arrugadas y delimitadas por el freno de los muros, se extendían por doquier, como enormes alfombras celestes de superficie aterciopelada y recubierta de una erizada, blanda pelusa.

Vio jirones de un vegetal de forma oblonga, rasgado y como deshinchado, en el centro de la sala. Más allá, huellas, algo así como rozaduras o pisadas sobre el suelo, dejaban una extraña señal viscosa que iba hacia la puerta de entrada, cambiando luego su dirección, en un brusco giro, hacia el gran ventanal del fondo.

Alan Kane avanzó rápido, a veloces zancadas, tras una mirada de soslayo a la corola de la enorme flor, donde se veían docenas, veintenas, acaso cientos de pequeños corpúsculos similares a guisantes. Sé estremeció.

Buscó en vano, febrilmente, un rastro de Dinah. No lo encontró. Tras él, Lucy Miles lanzaba exclamaciones de asombro ante las dimensiones aterradoras de la flor que, solamente veinte horas atrás, viese ella en su tamaño normal, admisible para una mente humana.

En cuanto a Hans Walters, como enloquecido, chillaba, llamando una y otra vez a Dinah. Ella no respondía, no aparecía, no había rastro alguno de la muchacha en ningún lugar del estudio.

Pero, súbitamente, la mirada de Alan se clavó en la enorme estrella de

aristas cortantes, abierta en el ventanal de cristales. Un boquete siniestro, asomado al vacío, al espacio, cien pisos por encima del pavimento de la gran urbe.

Su rostro se ensombreció. La trágica verdad abrióse paso en su mente. Comprendió que aquélla había sido la puerta de escape de Dinah, una puerta directamente asomada a las negruras de la muerte. Una horrible muerte en el vacío.

A sus oídos llegaron lejanos rumores de sirenas desde el fondo de la calle. Sí, eso era. Dinah había caído mientras ellos subían por la espiral metálica de la vía para vehículos, en torno a los edificios urbanos. Una coincidencia terrible: habían llegado tarde, demasiado tarde para salvarla. Acaso su cuerpo fue engullido por el vacío muy cerca de donde ellos estaban tripulando su vehículo hacia las alturas, tal vez rozó la popa del automotor, en su mortal caída, sin que nadie lo advirtiera.

Se detuvo, tambaleante. Era horrible, sí. Pero lo más horrible era aquello que no veía, aquello que buscaba desesperadamente. ¿Qué era lo que había provocado el terror de Dinah, su muerte, acaso, lo que la había empujado al vacío?

No había nada en el estudio. Nada vivo, se entiende. ¿Qué era lo que había surgido ante los ojos de Dinah y dónde estaba ahora?

—¡Kane! ¡Kane! —la mano férrea de Hans le hizo volver. Ambos se enfrentaron. La faz del piloto estaba lívida, desencajada —. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué ocurrió, con Dinah? ¿Dónde está ella?

—Sé tanto como tú, Hans — replicó con voz sorda Alan—. Pero ya ves adonde ha conducido tu imprudencia. La flor ha crecido. Ya ves en qué forma. Y, lo que es peor, cada gránulo, cada vaina vegetal de ésas que ves floreciendo en su corola es una forma de vida de Júpiter. Eso es lo que descubrimos anoche, en el análisis de la flor que nos entregaste. El polen de esa flor, a medida que ésta crece, crece a su vez, en igual proporción, y produce algo. Aún no sabemos el qué. Ni qué aspecto tiene, porque el profesor Larsen descubrió que era una forma de vida terriblemente poderosa y fuerte, capaz de aniquilar la vida humana con toda facilidad, y capaz también de reproducirse en cantidades ingentes, mientras existiera la flor. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Hans, al ocultarnos la existencia de esa flor y, sobre todo, al regalársela a Dinah?

—¡Dios mío!... ¡Dios mío, Alan! ¡Es espantoso! —se sujetó las sienes

con ambas manos, sacudido por el horror y la angustia —. Pero ¿y Dinah? ¿Qué ha sido de ella?

—Hans, has de ser fuerte y soportar el golpe —señaló la vidriera rota — . Mira… Creo que por allí ha caído, o fue derribada, arrojada por… por lo que haya salido de esa flor.

—¡No, Alan, eso no es posible! ¡No ha podido ocurrir eso! ¡No hay nada aquí, nada, salvo la misma flor!

—Te equivocas, Hans. Mira el suelo. Esa vaina rota, destrozada, diez veces mayor que un ser humano, tenía algo dentro. Algo que ha quedado libre, rompiendo la envoltura vegetal.

—¡No es posible! ¡No hay nadie aquí! ¡No hay nada! ¡No puede haberse evaporado!

—No sabemos lo que puede o no puede hacer eso, una vez fuera de su envoltura. No sabemos cómo es, qué aspecto tiene, ni cuáles son sus condiciones físicas y anímicas si es que las posee. Es posible que se evapore, que se diluya o se convierta en otra cosa, no lo sé. O es posible también que tenga alas y vuele. 0 que, simplemente, se haya marchado, como cualquier ser viviente, sin que ninguno le hayamos encontrado hasta ahora. O que sea invisible, Hans. ¡Yo no sé nada de nada, nadie puede saberlo, si no lo ve cara a cara!

—Dinah… Mi Dinah —musitó roncamente, abatido y nervioso, con los ojos húmedos—. ¡No puede haberle ocurrido eso! No puede ser…

Alan respiró hondo. Apoyó con firmeza su mano en el hombro del piloto y murmuró:

—Tenía que ocurrir algo así, Hans. Te avisé a tiempo. Si entonces me hubieras hecho caso Dinah viviría aún. Y eso… lo que sea, no estaría ahora suelto, en libertad por ahí.

Hans no respondió. Estaba sollozando a flor de labios, virtualmente hundido. Volvió un rostro patético hacia la cristalera cuando escuchó las sirenas de alarma, abajo, indicando algún accidente. Imaginó lo que era, y tembló febrilmente.

Alan Kane y Lucy Miles se miraron largamente, en el doloroso silencio. Alan musitó:

—Bueno, ahora ya sabe toda la verdad. Lucy, Puede telefonear a su periódico…

—No diga eso, Alan. No estoy pensando precisamente en mi profesión, sino en este horror. No soy una periodista sin alma, sino, ante todo, una mujer. Y Dinah también era una mujer —inclinó la cabeza. Tenía los ojos húmedos y le temblaba el labio inferior—. Esto es horrible, realmente horrible.

—Sí, Lucy, lo es. Pero no crea que me estaba burlando de usted o acusándola. Debe enviar la noticia. Ahora, cuando lo que quería evitar ha ocurrido, ya no hay razón alguna para guardar el secreto. Por el contrario, debemos enterar a la gente, que sepa el peligro que la acecha y busque denodadamente el paradero de nuestra... «cosa», sea lo que sea.

—¿Y la policía?

—De eso me encargo yo —se encaminó al teféfonovísor— Después llamará usted a la redacción de su periódico, Lucy...

Descolgó el receptor. Marcó el número especial de urgencia. El rostro de un agente, con el uniforme blanco y azul de la Policía Metropolitana, apareció en la pantalla.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz del agente, en el auricular.

—Algo espantoso, agente. Aquí el doctor Alan Kane, de la Comisión del Espacio, desde el Edificio Holbrook, de Manhattan, piso ciento tres. Creo que una mujer ha caído por el ventanal a la calle. Pero eso no es todo. ¡Tenemos aquí invasores de otro planeta, agente! ¡Miles de vidas dependen de su rapidez en acudir!

—¡Cielos! —el rostro del agente, en la pantalla visora, reveló que había advertido la gravedad de la situación en el rostro pétreo, crispado, de su interlocutor—. ¡Vamos en seguida!

Cortaron la comunicación. Después fue Lucy la que se abalanzó sobre el aparato, llamando a la redacción del «To Day's Progress».

—¡Jefe! —avisó con voz vibrante—. ¡Suspenda el tiraje de la primera página! Disponga titulares a todo color y la fotografía de la flor azul que hay en mi mesa de trabajo!

—Bien, Lucy. ¿Qué titular hemos de poner?

—Este. Luego le telefonearé noticias nuevas: «*Una flor gigantesca; vehículo de invasión del espacio. ¡Seres de Júpiter en la Tierra! ¡Alerta al mundo en peligro!*»

—Dios mío, Lucy, ¿es una broma o va en serio? —aulló eí director del periódico.

—Ojalá fuera broma, jefe —cortó secamente la joven —. Sí quiere publicar en exclusiva la noticia del siglo, apresúrese a trabajar en la edición extra.

—¡Lucy, si eso es cierto, le aumentaré dos veces el sueldo! —estalló el otro, antes de colgar.

Ella se quedó mirando el receptor con un suspiro.

—He luchado años enteros por lograr menos que eso, y ahora me importa tan poco el dinero —musitó, estremeciéndose con angustia —. Hay cosas mucho más importantes y vitales para los humanos.

El estallido sordo de proyectiles nucleares atrajo su atención, haciéndola volver con viveza hacia Alan Kane. El joven médico estaba acribillando la flor con su pistola atómica. Las cápsulas de energía termonuclear concentrada se estrellaban en su corola, destrozando los pequeños frutos extraños que, como diminutos guisantes, estaban fructificando en el centro de la flor azul.

Alan, Lucy y Hans Walters se miraron con mudo horror cuando de las vainas o frutos dañados, desgarrados y desintegrados por los estallidos atómicos, surgieron como chillidos estridencias similares a llanto de niños, de seres en formación.

—Dios santo, doctor Kane, ¿qué es eso? —preguntó ella, estremecida, aferrando un brazo a Alan con manos crispadas. ¿Qué sonido es ése?

—Parece llanto, quejas. Creo que los seres a quienes estoy destruyendo ahora... son capaces de expresar su dolor antes de morir.

* * *

El profesor Larsen, el doctor Alan Kane y el general McLeod; de las Fuerzas de Seguridad del Espacio, se miraron largamente, en silencio.

—Estos son los hechos, fríamente expuestos, caballeros — dijo el profesor Larsen—. Sabemos ya que han sido aniquiladas las dos flores únicas existentes en la Tierra. Pero hemos llegado tarde. Porque un ser humano ha muerto. La señorita Dinah Reagan, víctima de un capricho temerario al que colaboró la inconsciencia de su propio novio, nuestro piloto del espacio Hans Walters.

—Y que un monstruo aniquilador, libre de su envoltura vegetal, anda solo por alguna parte de esta ciudad —agregó el militar, hoscamente.

—No sabemos aún cuál será su grado destructivo o agresor —objetó Alan —. Tampoco sabemos de forma positiva si atacó a Dinah, o ella cayó, bajo los efectos de la terrible impresión sufrida. Pero lo cierto es que debe de estar por ahí, como usted dice, general.

—Tengo aquí comunicados especiales de varios controles de policía y de diversos ciudadanos, con los informes más disparatados y antagónicos —respondió el general McLeod —. Algunos aseguran haber visto un lagarto; otros, una especie de dragón; lo más, un hombrecillo de cabeza pelada, con antenas y trompa, de color verdoso. Y no falta quien afirme que conduce un platillo volante por las calles, igual que uno de nosotros llevaría su automóvil.

—Sí, es lo que acostumbra a suceder —suspiró el profesor Larsen —. La gente sufre psicosis asombrosas cuando se les da motivo para desbordar su propia fantasía. Pero no nos sirve ninguno de esos informes. Yo no creo que ese ser tenga forma de lagarto, de marciano de novelucha seudo-científica, o de dragón legendario. No, no. Ha de ser algo de aspecto mucho más real, más similar al nuestro. Yo nunca he creído en esas formas extrañas de los seres de otro mundo. Si hay en ellos algo de humanoides, serán parecidos en algo a nosotros.

—¿Por qué no guardaron una muestra de sus flores, para cultivarla con las debidas precauciones? —objetó agriamente el general —. Así sabríamos cómo es, en realidad.

—No podíamos correr un riesgo tan terrible. Tenga en cuenta, general, que las precauciones contra algo, solamente se pueden tomar cuando sabemos lo que es ese algo. Estábamos condenados, entonces, a prevenir aquello contra lo que ya no había prevención.

—El profesor tiene razón —intervino el doctor—. Yo mismo tuve que destruir aquella planta, con todo lo que contenía. Cada fruto era un nuevo ser en embrión, una especie de cría. Cada flor podría producir, sobre la Tierra, miles, acaso millones de criaturas jupiterianas que herían una horrenda invasión para nuestro mundo. Sin embargo, un solo ser en libertad, si no se reproduce por sí mismo, no creo que sea una amenaza vital para nuestro mundo.

—¿Cómo? —estalló McLeod, enarcando sus hirsutas cejas —. ¿Se atreve a decir eso estando tal vez el destino del mundo en manos de nuestros Departamentos, en lucha con un espantoso enemigo llegado

de otros espacios?

—Sí, un invasor de otros espacios —asintió Larsen —. Incluso le han bautizado ya. He visto algunos diarios de la mañana. Le llaman Klag. En lengua marciana antigua, de las inscripciones halladas en las ruinas de Marte, quiere decir, fonéticamente, «ignorado». También «desconocido», «no visto nunca». Creo que nuestros reporteros tienen mucha imaginación, pero en este caso han afirmado: «Klag, el fabuloso», añade Lucy Miles, en el «To Day's Progress».

—Lucy tenía que ser —sonrió Alan, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Es la más imaginativa de todos.

El general McLeod descargó un violento puñetazo sobre la mesa. Ambos científicos le miraron fijamente, sobresaltados por su reacción.

—Señores, yo no puedo andar fijándome en fantasías y en imaginaciones —dijo el militar con acento duro —. He recibido la orden tajante de localizar a ese ser de Júpiter, y de aniquilarle, esté donde esté.

—Klag —Alan sonrió al llamarle por aquel nombre—. Nuestro fabuloso Klag, señores, está en alguna parte, es evidente. Y, no lejos de aquí. No creo que tenga alas y supongo que no será un personaje invisible. Sea como sea, Klag ha podido escabullirse, saliendo primero del edificio, después de la zona más habitada y ha ido a alguna parte, se ha metido en algún lugar donde es difícil encontrarle. Misión nuestra es dar con él. Aviones, cohetes, tropas y patrullas de vigilancia aérea, marítima y de toda especie le buscan con insistencia. Es cuestión de minutos, de horas, acaso de un día o de dos, como máximo, lo que tardaremos en saber algo. Y entonces, cuando contemos con un dato, ¡uno sólo!, Klag dejará de ser un enigma.

En ese instante, el timbre del teléfonovisor vibró insistentemente. Se miraron los tres hombres. Fue el general McLeod el que primero corrió hacia el aparato, anticipándose por una décima de segundo a Alan Kane.

—¿Diga? —preguntó ansiosamente—. Sí, Cuartel General de la Comisión Militar del Espacio...

Una pausa. El militar estalló:

—¿Cómo?... ¡Sí, sí...! ¡No es posible! ¿No habrá sido otra alucinación? ¡No puede ser!... ¿Seguro? Sí, sí... Está bien. ¡Envíen inmediatamente patrullas aéreas, marítimas y de tierra a la Zona 12! ¡Muy urgente!

Colgó. Estaba febril, excitado. Miró a los dos sabios. Alan le estudió en silencio, esperando noticias. El general McLeod agitó sus manos con energía, triunfalmente.

—¡Lo tenemos, señores! —aulló—. ¡Ese primer dato que usted mencionó antes, doctor Kane!

El doctor dijo:

—Sí, eso he imaginado. Pero la Zona 12 del Plano Militar de New York corresponde, si no me equivoco, a los Muelles de Brooklyn.

—Justamente. Allí está su… su fantástico Klag, como usted le llama.

—¿Klag allí? —el profesor Larsen, avanzó, febril, con una luz centelleante en sus ojos—. ¿Dónde exactamente? ¿En qué lugar de esos muelles?

La respuesta que llegó fue asombrosa, inesperada:

—En el agua, profesor.

Larsen y el doctor Kane se miraron fijamente, con asombro infinito.

—¿En el agua? —saltó Alan, atónito.

—Sí, doctor Kane. ¿Se asombra? El fantasma de Júpiter gusta de bañarse. ¡Ahora lo hace, frente a Coney Island, bajo la superficie del mar!

—Cielos… —Alan inclinó la cabeza. Preguntó roncamente—: ¿Quién le ha visto?

—La torre de control de Brooklyn vio sumergirse algo en el mar. El objeto estaba a cierta distancia de la costa y desde la torre no vieron más que el remolino que formaron las aguas. Dicen que debe ser bastante grande, cosa que nosotros ya suponíamos de antemano. Solamente con que sea diez veces mayor que un terrestre, supondría una altura total de veinte metros aproximadamente. El revuelo en las aguas ha sido amplio, muy visible desde la torre de control.

—¿Y cómo están tan seguros de que era Klag? —preguntó Alan, alterado—. Dicen que no llegaron a verle. Solamente observaron el remolino de las aguas.

—El comandante Forbes, de Coney Island, ha descubierto en la playa, frente al lugar donde se ocultó Klag, las huellas viscosas de ese ser, y

al buscar su paradero es cuando descubrió en el mar la señal.

—Bien —Alan miró al profesor Larsen con intensidad —. Creo que me desplazaré allá. Me gustaría ver a nuestro fantástico visitante, saber cómo es, antes de que lo destruyan… si es que lo destruyen.

—¿Eh? —McLeod miró, ceñudo, al joven médico—. ¿Qué quiere dar a entender con esa duda, doctor Kane?

—Nada, general —Alan apretó los labios—. Simplemente, lo que dije. No creeré en su destrucción hasta que lo vea totalmente aniquilado.

No pudo evitar que en su mente apareciese el recuerdo de Dinah. La infortunada muchacha que fuera hallada muerta en la calle, tras una caída horrible desde cien pisos de altura, por culpa de aquel demonio llegado de Júpiter.

Los tres hombres salieron apresuradamente de la estancia. Un vehículo aéreo partió con ellos hacia Brooklyn.

CAPÍTULO VI

KLAG

La expectación en Brooklyn era ingente. Miles de personas, pese a los cordones policiales y militares en las costas de Coney Island y de Long Island, se agolpaban, esperando el resultado de la desesperada búsqueda que aviones, aerocohetes, patrullas navales y toda clase de tropas realizaban para localizar a su presa.

Se había establecido un severo régimen de control en la zona, militarizada en el acto, pero no se había podido impedir que la noticia corriese como un reguero de pólvora.

Las cámaras cinematográficas y de televisión, así como los cronistas de cien periódicos de la costa atlántica se apelotonaban en las costas, en aparatos y naves especialmente fletadas por sus periódicos para conseguir la sensacional noticia del día, que era la caza del fantástico ser de otro planeta.

Alan Kane estaba allí también. Veía el aparato del «To Day's Progress», a cuyo bordo iría Lucy Miles, con los fotógrafos y operadores de su periódico.

Veía las flotillas de investigación científica de la Comisión del Espacio. Y veía también en la playa a un Hans Walters lívido, estremecido de un furor sordo, tras haberle sido denegada su petición de tripular una de las aeronaves de búsqueda. Sabían que su desesperación por la suerte de Dinah podría arrastrarle a un suicidio si Klag aparecía.

Kane asistía a las órdenes febriles que, a través de más de mil altavoces, daba la voz enérgica, tajante, del general McLeod, jefe supremo de las Defensas Civiles de New York, en aquella gravísima emergencia.

Alan no podía dominar su enorme curiosidad. Aún ignoraban la forma real de Klag, el jupiteriano. Ignoraban su tamaño exacto, su naturaleza, su aspecto físico en general. Lo que ahora se escondía bajo las aguas era, en definitiva, un auténtico enigma. Un enigma viviente. Y, por lo visto, si aún alentaba, un ser anfibio, capaz igualmente de vivir en el aire terrestre que bajo el agua. Para proceder del fruto de una flor, resultaba cada vez más asombroso el increíble ser de otro mundo.

A primeras horas de la mañana siguiente, tras una noche completa durante la cual los focos habían estado llenando con su potente luz toda la superficie del mar, en constante espera, ocurrió algo en las aguas.

Algo que atrajo en el acto la atención general de los miles y miles de personas concurrentes y de los millones que, en establecimientos públicos y domicilios privados, mantenían permanentemente iluminada la pantalla de sus televisores, en espera de lo que tenía que suceder.

—¡Mire, Kane! —avisó el general McLeod, extendiendo una mano hacia el agua, desde el privilegiado punto de vigilancia, situado en una cabina del aerocohete capitán de la flotilla que evolucionaba sobre el mar—. ¡Algo sucede allí!

Alan asintió, tenso el rostro, inclinándose sobre las vidrieras de la cabina para estudiar la superficie del Atlántico, y captó unas burbujas en el agua. Eran miles de grandes burbujas, indicio de que algo con aire se hallaba bajo el agua.

Alan Kane musitó:

—Eso, sea lo que sea, alienta, *respira*…

El general no dijo nada. Pero su leve asentimiento de cabeza manifestó estar de acuerdo con Kane.

—¿No hay submarinos buscando a Klag? —preguntó un «repórter» de la Agencia Nacional de noticias, interviniendo en la charla.

—No —denegó McLeod —. Era arriesgar demasiado. No sabemos sus fuerzas ni tamaño exactos. Enviar naves submarinas podía ser enviar gente a la muerte. Esperaremos a saber cómo es Klag para obrar en ese sentido.

—Sea como sea, ha de ser un personaje excepcional — opinó Larsen, pensativo, con una palidez extraña en su faz inteligente y afilada—. Vive en el aire, en el agua… Es capaz de permanecer sumergido horas y horas… Francamente, estoy perplejo. No sé qué pueda ser eso con lo que nos enfrentamos, señores.

—Es cuestión mía luchar, profesor —rió McLeod, con firmeza — . Usted se ha preocupado ya de su parte. Descubrió la vida en esas plantas. Kane destruyó la planta que podía haber provocado la invasión de nuestro mundo con millones de Klags. Y ahora… ¡yo destruiré al único Klag superviviente, señores!

Alan Kane hubiera querido sentir dentro de sí la misma seguridad del militar. Pero no podía. No era capaz de ello, por mucho que se esforzara.

—Estén atentos, señores —avisó con voz tensa McLeod—. Vamos a bombardear el punto donde surgieron las burbujas. Emplearemos en el bombardeo proyectiles termonucleares y torpedos de hidrógeno muy potentes. Lo que esa «cosa» pueda ser será destrozada o tendrá que salir, malherida para sufrir el remate final.

Nadie le respondió, salvo el «repórter» de la Agencia Nacional, que dispuso su cámara tomavistas, alentándole con voz aguda y optimista:

—¡Adelante, general! Se apuntará un tanto que puede llevarle a la Presidencia de los Estados Unidos en las próximas elecciones. Y si es capaz de lograr esto, yo votaré por usted cuando presente su candidatura, general McLeod.

El militar sonrió confiadamente. Su mano se apoyó en los botones de mando del cuadro de control situado ante él, en la nave capitana de la flotilla aérea que sobrevolaba el centro mismo de la acordonada «Zona

12».

—¡Listo, señores! ¡Al ataque! —avisó tajante. Y apretó los resortes.

La flotilla entera, formada por más de treinta astronaves de rápidos reactores, se lanzó en picado sobre las aguas. Sus cañones lanzaron proyectiles termonucleares de alcance submarino.

Con sibilante estruendo, dejando tras de sí una humeante y blanca estela, rugieron los proyectiles, penetrando en las aguas, acribillando la suave superficie azul, en la que dejaron los torbellinos de su penetración.

Las cámaras de televisión, de cine y de los reporteros gráficos funcionaron, sincronizadas perfectamente con el inicio del ataque. Un ataque que sería histórico en el futuro: el primer golpe terrestre contra los invasores de otro mundo. La primera contraofensiva de la Tierra hacia un enemigo del espacio exterior.

Horrísonos estampidos tuvieron lugar bajo las aguas. Enormes columnas de agua se alzaron al impacto de los proyectiles que barrían una zona marítima extensa, sin dejar un solo punto sin martillear violentamente. El agua, pulverizada, cayó luego en forma de densísima lluvia sobre el mar. Todo el seno del Atlántico, frente a los muelles de New York, se convulsionó, sacudido por aquel bombardeo apocalíptico, virulento, destinado a un solo ser; a Klag.

—¡Naves arriba! —ordenó McLeod, tajante—, ¡Planeen a mil metros de altura y desciendan otra vez en picado sobre el mar! ¡Segunda pasada!

Alan Kane encajó las mandíbulas. Podían estar tranquilos, a! menos, de una cosa: lo que existiera en el fondo del mar moriría bajo aquel diluvio de armas nucleares, mortíferas por sí solas. Y si no moría, es que nada ni nadie sería capaz de lograrlo. Entonces, solamente, les restaría encomendarse a Dios.

Las aeronaves subieron, rugiendo, hacia las alturas. Los chorros de los reactores trazaron una telaraña de humo en el azul. Luego, se agruparon de nuevo en flotillas, lanzándose en un nuevo ataque hacia la superficie del Atlántico.

Otra vez las aguas hirvieron bajo el martilleo implacable, aterrador. Las bombas, cargas y torpedos penetraban en el líquido elemento como estruendosos y aniquiladores instrumentos de muerte. Sus estallidos, en el fondo de las aguas, llegaban claramente a todos los

oídos.

Súbitamente, Alan Kane lo intuyó. Aún antes de verlo, imaginó lo que iba a suceder. Fue una corazonada, que se confirmó casi en el acto, con el remolino tremendo en las aguas, bajo sus dilatados ojos expectantes.

—¡Arriba! ¡Arriba! —aulló, desesperadamente. Se abalanzó sobre el general McLeod, que parecía fascinado en su tarea, y le arrojó a un lado violentamente, aferrando los mandos de la nave ante el estupor de todos los ocupantes de la misma.

—¿Eh? —gritó el periodista—. ¿Pero qué hace, hombre de Dios?

—¡Kane! ¿Se ha vuelto loco? —rugió desde el suelo de la cabina el general, pugnando por incorporarse, cosa que no logró a causa de la súbita y vertiginosa aceleración de la astronave, cuya aguda proa apuntó a los cielos—. ¡Alan, suelte esos mandos!

—¡Atención, patrullas! ¡Atención todos! —gritaba Alan Kane, frenético, ante los micrófonos de mando—. ¡Suban al máximo, aléjense de la superficie del agua! ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Aléjense, sálvense todos...!

Larsen, muy pálido, se abalanzó sobre la vidriera. Buscó, con ojos febriles, el punto hacia el que también Kane miraba ahora con intenso horror.

Vio el torbellino rugiendo en las aguas, levantando olas de gran altura. ¡Y entonces vio también lo que Alan había presentido unos segundos antes!

¡Klag estaba emergiendo a la superficie!

—¡Dios mío! —jadeó Larsen, tambaleándose—. ¡Dios mío, no! ¡Eso es demasiado horrible!

Alan conducía con mano firme, diestra, alejándose más y más, subiendo en vertical hacia los cielos, como empujado por una fuerza titánica, sobrehumana, que le alejara de *aquello* que ahora surgía del Atlántico, a sus pies.

Los demás aparatos, sorprendidos por las órdenes de Kane, recibidas en un momento de total entrega al ataque, y sin hombres con la energía y decisión del doctor para rectificar tan radicalmente el rumbo, no tuvieron la misma suerte.

Klag les alcanzó.

* * *

Cuanto siguió jamás se borraría del recuerdo de quienes lo presenciaron… y vivieron para contarlo a sus sucesores.

Fue demasiado fantástico, demasiado increíble, para que ninguno de los humanos testigos pudiera olvidarlo.

La aparición de Klag fue el primer impacto visual y emocional para cuantos lo esperaban agolpados en playas, edificios, embarcaciones y toda clase de atalayas posibles.

Se había esperado algo fabuloso. Pero, realmente, lo que sus ojos vieron superó toda fantasía. Todo lo previsto se quedó pequeño. Como pequeño quedó el mundo mismo ante la mole de Klag, siguiéndose, titánico y aterrador, en el centro de las aguas revueltas, emergiendo de aquel torbellino que Alan Kane captara con tan fulminante, rápida y hábil precisión.

Lo primero que asomó fue una pavorosa, ciclópea cabeza, mayor que cualquier edificio neoyorquino. Una especie de montaña ovalada, color magenta, surgiendo de las aguas revueltas como una isla nueva, chorreando líquido salado por su rostro. Un rostro indescriptible, rugoso y sin forma apenas humana, pero con ojos, con fosas nasales o algo similar, y una gran boca rugiente, crispada en un rictus de asombroso dolor.

Las pupilas eran amarillas en su totalidad, dos glóbulos sin pupilas, porque sin duda todo el ojo era pupila, lo que le permitía ver en todas direcciones, excepto a sus espaldas.

Fue irguiéndose, irguiéndose, hasta alcanzar alturas fabulosas, inenarrables, hasta rebasar los más altos rascacielos, hasta erigirse en auténtico techo del mundo, con una altura que sobrepasaría la de mil hombres, uno encima del otro.

El profesor Larsen había tenido razón. Aquel ser de pesadilla era extrañamente similar al hombre en su estructura. Pero el corpachón, anchísimo y de rugosa piel, como si su epidermis fuese blindada o más dura que el caparazón de un galápago, poseía amplias zonas pobladas de un vello azulado, como pelusa vegetal, que se extendía hasta su rostro, corriendo por el centro del mismo y en torno a lo que parecían ser sus labios.

Así, el conjunto resultaba horripilante, pavoroso, y a ello contribuía la longitud desmesurada de sus enormes brazos, interminables y rematados en dos zarpas o manos palmípedas, con tres grandes dedos o garras, ligadas por membranas igualmente vegetales de apariencia.

El Océano mismo pareció pequeño ante sus dimensiones increíbles, y le bastó extender sus manos en las aguas para sepultar a manotazos varias unidades de la flota que permanecía a la espera, cerca de las playas.

Las gentes, con alaridos estremecedores, se dispersaron en mil direcciones, dejando desiertas las costas. Klag, amo y señor absoluto del mar y de las playas, rugió de nuevo, con un bramido escalofriante, igual a cientos de truenos juntos, y manoteó ahora en el aire, como sí le molestaran punzantes insectos.

Klag estaba furioso.

Alan cerró los ojos, estremecido. Vio saltar, hechos añicos al sufrir sus impactos, más de diez, quizá veinte aerocohetes, que empezaban a maniobrar para alejarse del superser de las profundidades.

El mismo sintió el aire huracanado que una de las zarpas del titán planetario levantó en torno a su nave aérea, cuando pasó casi rozándola. Los reactores, a toda potencia, habían logrado, sin embargo, eludir el terrible mazazo del coloso, poniendo la nave muy lejos de su alcance.

Trémulos, estremecidos de horror, los viajeros de la astronave capitana asistieron a los embates demoledores del monstruo animal del espacio. Vieron desaparecer, entre las enfurecidas y turbulentas aguas que la gran mole de Klag desplazaba en oleaje furibundo, aviones, buques y toda clase de naves terrestres que hasta entonces habían sido consideradas invencibles.

El líquido elemento, impulsado por los movimientos fantásticos de aquel ser, penetraba a oleadas en las playas, lo arrastraba todo, destrozaba edificios y zonas que, al lado de aquel coloso, parecían diminutos juguetes. Pero juguetes llenos de vidas humanas, de seres inteligentes e indefensos, víctimas de la escalofriante potencialidad de Klag.

—¡Kane, eso es algo espantoso! —aulló Larsen —. ¡Nunca pudimos imaginar tal cosa!

—No, profesor. Pero yo empezaba a sospechar algo así. Lo temí

cuando vi las burbujas. Me pregunté: si esa flor azul de la que Klag nació crece en tales proporciones, ¿no ocurrirá el mismo fenómeno con su fruto? ¿No se convertirá en un ser tan grande en proporción a nosotros, como el planeta Júpiter, su mundo de origen, lo es con respecto al planeta Tierra?

—Kane, ¡ese ser es invulnerable, indestructible de todo punto! —jadeó el periodista de la Agencia Nacional, blanco como un muerto.

—Sí, lo es. Puede aniquilar ciudades, continentes, ejércitos, solamente a manotazos.

—Y no parece que las armas nucleares le hagan efecto — musitó lleno de horror el general McLeod —. ¡Eso significa que estamos inermes en su poder, que no podemos hacer absolutamente nada contra Klag!

—Yo no diría tanto —observó, ceñudo, Alan, mirando a través del visor del sistema de televisión de a bordo hacia el pavoroso espectáculo que, a miles de metros bajó su popa, tenía lugar en el agua, frente a Brooklyn —. Creo que está enfurecido por heridas sufridas. Las bombas nucleares debieron herirle. Pero en su proporción actual, una bomba nuestra, por potente que sea, apenas si le causará un rasguño, una herida.

—Dios mío… —el periodista se enjugó el sudor—. Ningún país puede fabricar una superbomba del tamaño adecuado para acabar con Klag.

—Se puede, sí —afirmó Alan —. Olvidándose todas las potencias de la Tierra de sus nimias y estúpidas diferencias, ligándose todos en una auténtica solidaridad humana frente al peligro común, es posible crear, con la reserva atómica de todas las grandes potencias reunidas en un solo proyectil, una bomba gigantesca, sin parangón en parte alguna de los espacios. Pero ¿resistirá nuestro planeta el estallido de miles y miles de bombas nucleares condensarías en una sola?

—¿Y resistirá la Tierra mucho tiempo a un huésped como ése? — farfulló McLeod, enfebrecido.

—Esa es la cuestión. Sí, de todos modos, estamos perdidos… — Larsen hizo una dramática pausa, para remachar—: ¡Tendremos que lanzar la superbomba!

—Miren —el periodista señalaba la pantalla televisora-—. Están cañoneándole con los grandes cañones atómicos de Coney Island!

Era cierto, Alan Kane dejó ahora los mandos al general McLeod y

corrió a la pantalla, a ver con detalle la furiosa pugna entre las fuerzas de la Defensa Civil y el súperinvasor.

Este, a cada nuevo martillazo nuclear sobre su enorme, durísimo y apocalíptico cuerpo, se agitaba, sacudía sus manos en el aire, como zafándose de molestas picaduras de mosquito.

Nada más.

De repente, se quejó con un aullido crispado, llevándose una mano al rostro. Uno de los cañones atómicos de largo alcance antiproyectiles teledirigidos le había asestado un impacto en plena cabeza.

Esto provocó un nuevo, espeluznante desastre, que dejó sin aliento a los cuatro hombres, impotentes testigos del cataclismo que como una maldición, caía sobre la tierra.

El fabuloso Klag avanzó, despiadadamente, sobre la playa de Coney Island, erizada de bases militares de defensa, dotadas del más moderno y potente armamento.

Entonces sacó sus enormes pies del agua, se irguió cuan alto era, sobre la playa, aplastando bajo su peso, sus millones de toneladas de peso, fortines amurallados, cañones y seres humanos.

Aquel coloso de más de dos mil metros de altura desmembró, aniquiló en cuestión de segundos, toda la isla Coney, sin dejar un ser con vida ni un edificio en pie. La abarcó totalmente de una zancada, pateó, sin duda muy enfurecido, todo lo que había bajo sus plantas...

En pocos segundos, Coney Island era un pavoroso, desolado cementerio de ruinas, cadáveres y silencio. Klag, entonces, se volvió... ¡Sus ojos amarillos y enormes se clavaron en Manhattan!

— ¡Nooo! —aulló el profesor Larsen—. ¡Mire, Alan! ¡Va a aplastar la ciudad, a aniquilar New York en pleno! ¡Le bastará una zancada para entrar en Manhattan, para destrozarlo todo bajo su peso! ¡Mire, los edificios apenas si le llegan a la rodilla! ¡Y son los más altos, el Empire State, el Nuevo Planetario, la Torre de Manhattan...!

Alan asintió. Un frío sutil recorría su espina dorsal. Aquella criatura de lejanos mundos lo aniquilaba todo a su paso. En cuanto se adentrara en New York, que ahora era objeto de una infantil y monstruosa curiosidad por parte del titán de Júpiter, no quedaría nada de la más grande capital del orbe. Podía hacerlo, incluso sin darse cuenta de lo que hacía, porque todo aquello sería para él como un asombroso y

hostil juguete en el que se encontraba metido.

A su pesar, Alan no podía apartar de su mente una idea fija, obsesiva, angustiosa. Estaba pensando en una persona. Una sola, a pesar de los miles y miles que, en pocos segundos, habían encontrado la muerte bajo la mole estremecedora de Klag.

Esa persona era Lucy Miles, una bonita periodista pelirroja, audaz y decidida, de quien lo último que había sabido era que patrullaba otra nave aérea del servicio de Prensa, a muy escasa altura sobre el mar, allí donde Klag hiciera su primera y aterradora masacre.

¿Por qué pensaba en la joven del «To Day's Progress», si apenas se conocían, y solamente motivos de enfado tenía con ella, aparte su inestimable ayuda en el misterio de la segunda flor azul, traída por el imprudente Walters?

No sabía la razón de ello, pero estaba seguro, plenamente seguro, de que el horror de allá abajo, con todas sus enormes consecuencias y su magnitud impresionante, no sería tan completo si ella seguía con vida, aunque no alimentaba la menor esperanza de volver a verla.

—¡Eh! ¡Miren! —aulló ahora Larsen, estremecido de asombro, de incredulidad, señalando a la pantalla fluorescente donde las imágenes del lejano suelo dejado atrás, en la rápida y certera maniobra de Kane, eran claramente visibles—. ¡Klag se vuelve al mar, no entra en la ciudad!

Todos los rostros, ávidos y esperanzados, se clavaron en el televisor de a bordo. Si eso fuera posible, si el milagro se realizara, pensaron todos.

Se estaba realizando. Era como si Klag advirtiera la magnitud de su acción. Porque con un rugido que era como la más pavorosa tempestad, inclinó su ciclópea cabeza ovalada y durísima, fijó sus amarillas órbitas en las aguas de las que había salido, y avanzó hacia ellas pesadamente, abriendo grietas en el suelo de Coney Island bajo su peso y sus movimientos.

De repente, el Océano entero se estremeció, sacudido por un impacto terrible. Klag se había zambullido en las aguas, desapareciendo entre un oleaje virulento, que azotó los rascacielos y penetró en tromba por las calles de New York...

Poco después la calma retornó a la superficie azul de las aguas. Pareció como si nada hubiera surgido de ellas.

Pero allí estaba, siniestro y elocuente, el enorme, trágico cementerio que era Coney Island en aquellos momentos.

Aquello era la mejor prueba de que Klag, «el Fabuloso», como le habían bautizado los periodistas, no era una pesadilla ni una alucinación, sino un ser real, una horripilante criatura llegada de cuatrocientos millones de millas de distancia de la Tierra, en la nave súperluz de Hans Walters.

Alan Kane habló con una entonación serena, dueño de sí mismo aun en tan indescriptibles circunstancias:

—Señores, creo que el peligro ha pasado de momento. Nuestro deber de hombres de la Tierra es volver abajo y ver la forma, si es que existe, de combatir a ese visitante de otros mundos.

CAPÍTULO VII

LA TEORÍA DE LUCY MILES

Se había levantado un frío aquella tarde.

Alan, con las manos en los bolsillos y el rostro sombrío y sin color, se apartó de las zonas de Coney Island, donde se estaba procediendo a incinerar, en una rápida operación de prevención higiénica, los miles y miles de cadáveres alineados por doquier.

Sus cabellos, agitados por el aire húmedo, le golpeaban la frente. Caminó unos pasos hacia la derruida torre de control. Al pie de ésta, un puesto militar y de sanidad provisional, donde eran atendidos los miles de heridos supervivientes, se había alzado en pocas horas.

Por centésima vez preguntó al oficial:

—¿Se sabe algo de Lucy Miles, la periodista?

—No, doctor — respondió el oficial de turno, tras consultar una última lista—. No aparece como muerta ni herida. Pero tenga en cuenta que hay cientos de cuerpos virtualmente aplastados por ese

monstruo. Nunca podrán ser identificados. Y otros se hundieron en el agua con sus naves y con sus aerocohetes.

—Lo sé, gracias —contempló las hileras de heridos. Todo el servicio sanitario de la ciudad estaba allí, atendiéndoles. El mismo, apenas si hacía diez minutos que había terminado de efectuar curas—. De todos modos, seguiré informándome.

Se alejó. Encontró al profesor Larsen junto al general McLeod y al alcalde de la ciudad de New York, Hamilton Brown. Le comunicaron que el gobernador Busters y el presidente de la nación llegarían aquella misma noche a Coney Island, en visita de inspección.

La radio difundió una noticia, referente a que todas las tropas de Tierra, Mar y Aire de los Estados Unidos de América habían emprendido camino urgentemente hacia la costa del Atlántico, mientras que los países europeos eran advertidos de lo que sucedía, para que el Gobierno Federal de los Estados Unidos de Europa resolviera en consecuencia.

La presencia de Klag, en opinión de Alan Kane, estaba logrando un milagro hasta entonces imposible de conseguir: la alianza del mundo entero contra el adversario común. La fraternidad que durante siglos brillara por su ausencia ante el egoísmo y las torpes ambiciones de los países de nuestro viejo mundo, surgía ahora, esplendorosa, salvando fronteras, idiomas y distancias, para afrontar el peligro llegado de más allá del espacio terrestre. H

Pero era una confraternidad humana lograda á muy alto precio. Miles de vidas, millones de millones en pérdidas y la convicción terrible, aniquiladora, de que eran impotentes, por mucho que se unieran, frente a un enemigo de tal magnitud.

Un hombre era responsable de todo esto. Pero ese hombre había pagado ya su torpe error: Hans Walters se contaba entre las víctimas del desastre de Coney Island. Alan había asistido, momentos antes, a la incineración de su cadáver, uno más entre miles de ellos.

—Pobre Hans —musitó para sí, mientras caminaba por la isla desértica y silenciosa, oprimida por aquel aire de muerte—. El y Dinah cometieron la equivocación de no creer en nuestras advertencias. Fue un juego peligroso el suyo, pero elfos fueron de los primeros en pagar las consecuencias. Si al menos esto sirviera de escarmiento, de dura lección a hombres y generaciones venideras... Pero mucho me temo que no habrá oportunidad para rectificar. Klag nos destruirá a todos.

Los programas televisados estaban proyectando telefilms urgentemente revelados de los sucesos de la costa. Grupos horrorizados de gentes que habían visto la muerte ante sí y escaparon de ella por puro milagro, asistían a la repetición del drama en las pantallas. Y en otros lugares del globo, estaciones repetidoras recogían las imágenes televisadas, asombrando a pueblos y ciudades con la visión del fantástico ser afincado en la Tierra.

Alan se detuvo bruscamente ante una de esas pantallas, cuando el locutor de la televisión apareció en la imagen, advirtiendo:

—Y ahora, asistan, señoras y señores, a la impresionante, terrible película filmada por los audaces reporteros del «To Day's Progress», que mañana podrán ver reproducida, en sus principales escenas, en una edición especial del periódico, totalmente gráfica, y comentada por su «repórter» especial, milagrosamente a salvo de las iras de Klag, la gentil Lucy Miles…

El doctor no daba crédito a lo que había oído.

Alan no esperó a ver más. Rápidamente, se lanzó a buscar un teléfono. Pero tanto los que funcionaban por simple sonido, como a los que llevaban añadida la imagen, estaban averiados o interrumpidos, en Coney Island. Alan se embarcó en un aerocohete militar que volvía a Manhattan y, nada más aterrizar en las azoteas de estacionamiento de la Torre de Manhattan, pidió conexión telefónica con el «To Day's

Progress». Preguntó por Lucy, Cuando vio su carita desencajada bajo los desordenados cabellos rojos en la micropantalla del telefonovisor, respiró tranquilo.

—¡Kane, gracias a Dios! —estalló, con un fuerte suspiro—. ¡Está a salvo!

—Sí, Lucy. Y usted también —trató de disimular un poco su júbilo, sin saber por qué—. Me tuvo muy preocupado…

—¿Seguro? —ella rió—. No tema. No le será fácil librarse de su pesadilla, ni siquiera contando con la ayuda de su feo amigo Klag.

—No diga atrocidades, Lucy. Prefiero que me siga dando guerra a todas horas que saberla en peligro.

—Muy amable, doctor. Es evidente que las guerras acercan a los humanos, por enemigos que sean. Y esto parece una guerra, después de todo.

—¡Y qué guerra! ¿Cómo se libró de Klag?

—Aún no lo sé a ciencia cierta. Acaso la Providencia veló por mí. Vi los dedos eje ese monstruo a menos de medio metro de la proa de nuestro aparato. En cambio, destruyó totalmente a los de «Press and Fiction» y del «Space Digest». Hoy he nacido, en realidad.

—Hoy hemos nacido muchos, Lucy.

—Alan, ¿cómo es posible que ese ser haya crecido tanto, que sea tan enorme?

-En su mundo es perfectamente normal. Allí, las plantas producen seres vivos, de especie humanoide, con influencia de su origen vegetal. Es otra forma de vida muy distinta a la nuestra en todo. Júpiter es, exactamente, trescientas dieciocho veces, coma, cuatro, más pesado y denso. Su volumen está en una proporción, respecto a nosotros, de mil trescientas dieciocho veces el de la Tierra. Por tanto, sobre el suelo de Júpiter, Klag es un ser proporcionado. Aquí es un coloso mil veces y pico superior a cualquiera de nosotros. Nace de pequeño tamaño, para ir creciendo luego fabulosamente, hasta tomar la actual forma, que acaso todavía no sea definitiva, y aumente de tamaño, aunque no creo que eso nos importe ya mucho. Es lo bastante grande como para aniquilarnos, sin posibilidad de defensa por nuestra parte. Creo que eso basta.

—Kane, acaso si no le hubieran hostigado tanto con proyectiles atómicos, no se hubiera puesto tan furioso. Parecían dolerle mucho las dos heridas que le infligieron.

Alan preguntó:

—¿Dos heridas, dice? ¿Cuáles?

—En mi reportaje de la televisión puede verlo, Alan. La primera herida, a la altura de su costado, es la que le hizo emerger del agua y manotear contra aviones y barcos, rompiéndolos como si fueran juguetes de papel. Luego, un cañón atómico de Coney Island le alcanzó en la cabeza, que parece su punto frágil, porque es lo que le causó más dolor. ¿Sabe una cosa, Kane?

—No. Veo que sabe usted mucho más que yo, señorita periodista. Acabe su informe.

—Se va a reír de mí, pero... De momento tuve la impresión de que pisoteaba Coney Island cegado por el dolor, sin ver lo que hacía. Y que

al bajar los ojos, esos terribles ojos suyos de color amarillo, hacia el suelo, cuando ya estaba a punto de penetrar en Manhattan, retrocedió, aturdido, volviendo al mar para no seguir destrozándolo todo.

—Su imaginación es portentosa, Lucy —rió Alan de buena gana—. «El monstruo compasivo», podría usted titular su crónica de mañana. Pero después no se sorprenda si toda la ciudad la lincha e incendia el periódico. Si algo no es Klag para la gente es la imagen de la compasión o de la bondad.

—Alan, no pretendo decir tanto —se irritó ella—. ¡Me estoy refiriendo a la posibilidad de que sea inteligente y obre bajo el influjo de su terrible dolor, de sus heridas!

—Si eso fuera cierto, a! que lincharían es al general

McLeod. Le he de aseverar que McLeod no me es particularmente simpático y que no le considero el hombre idóneo para defendernos de un peligro como éste. Es rígido y no confiesa sus yerros. Pero, en su caso, ¿qué otra cosa podía hacerse, Lucy? No iba a enviar bombones a nuestro huésped forzoso...

—Tal vez eso hubiera evitado muchos males — cortó ella secamente —. Pero sería tan inútil tratar de persuadirle a usted de mi teoría como irse a pactar una paz honrosa con el propio Klag. Adiós, Kane, y que siga su buena suerte.

Colgó, con evidente malhumor, al ser burlonamente acogidas sus teorías. Alan Kane, pensativo, hizo lo mismo y se apartó del teléfono.

Regresó muy despacio a su laboratorio. Durante el camino, profundas reflexiones le abstraían.

Cuando entró en su despacho, encendió la pantalla del televisor. Esta se iluminó mientras suplía su sobretodo por una bata de trabajo. Todavía estaban proyectando el reportaje filmado por el «To Day's Progress».

Se detuvo, con cierta inexplicable curiosidad, a presenciarlo.

En aquellos momentos Klag estaba siendo sometido al terrible bombardeo de los cañones antiaéreos de Coney Island. Llegó el impacto a su cabeza, el rugido de dolor, la expresión colérica, atroz, y la cámara, provista de teleobjetivo, avanzó sobre el monstruoso rostro, ofreciendo un plano tan próximo que captó el orificio o boquete abierto en la mejilla del jupiteriano, entre el vello vegetal azulado. Por

el orificio fluyó un denso líquido, un humor o destilación de color verdoso.

Alan parpadeó. ¿Sangre? ¿El equivalente a la sangre humana, en las arterias de aquel organismo fabuloso y colosal? Tal vez.

El apocalíptico ser se debatía ahora, sin duda con un dolor lacerante en la faz. Avanzó sobre Coney Island, penetró en ella, aplastándolo todo en un momento.

El joven cerró los ojos, sintiéndose enfermo ante el realismo del telefilm, que le hacía revivir la trágica aventura de pocas horas antes. El sonido había captado también con gran fidelidad los rugidos estremecedores, horrísonos, del monstruo herido.

Súbitamente, Alan Kane fijó su atención en la pantalla. Algo ocurría. Algo que antes le había pasado desapercibido, cuando sucedió. Pero que allí, en la película, era claro, evidente: Lucy Miles *tenía razón*.

Tras el cataclismo en la isla, Klag parecía rehacerse, volver en sí. Sus ojos, hasta entonces tapados por sus monstruosas manos, o mirando al cielo, a las nubes que rozaban por su cuerpo o su cabeza, se fijaban en el suelo despedazado de Coney Island..., y un instintivo gesto de retroceso se reflejó en él.

Dejó de moverse hacia Manhattan. Un sonido sibilante escapó de sus labios, y retrocedió más. Salió de la isla, hundió sus enormes pies en el agua y luego se zambulló en ella, sin aguardar a más.

Alan Kane, permaneció largo tiempo inmóvil, sin apartar los ojos de la pantalla, donde ya no había nada, salvo el rostro de un locutor demudado, que refería las últimas noticias del cataclismo.

Era una posibilidad asombrosa. Poco antes no la había creído él, al oírla de labios de Lucy. La atribuyó a su imaginación o a su afán de lograr reportajes sensacionales.

Pero ahora... Ahora empezaba a considerarlo de un modo diferente.

Porque era cierto que Klag había mirado a sus pies. Y que solamente entonces el monstruo había parecido reaccionar, retroceder ante su obra destructora. Huyó de Manhattan, de un escenario fácil para seguir aniquilando vidas y edificios.

¿Era posible que Klag fuese inteligente y que sus intenciones no hubieran sido destruir ni matar?

Claro que estaba lo de Dinah, pero la muchacha podía haber caído por el ventanal, ante la espantable forma del ser nacido antes sus ojos, en un afán frenético y ciego por huir al horror.

En ese caso, Klag tampoco hubiera tenido culpa de ello. Sería simplemente un culpable casual, arrastrado por las consecuencias de su propia y espantosa fealdad.

Era fantástico, nadie creería en ello, naturalmente. Y menos que nadie, el belicoso y violento McLeod, dispuesto siempre a resolver todas las cuestiones por la fuerza.

Alan Kane, con el rostro iluminado por una idea fija, avanzó con paso rápido hacia el laboratorio. No había nadie, absolutamente nadie, en todo el edificio. Parecía como si la ciudad entera se hubiese volcado en el teatro de la tragedia, olvidándose de todo lo demás.

Kane penetró en la sala de experimentación. Rápido, se encaminó a los ficheros técnicos del profesor Larsen. Buscó en el índice, hasta localizar el apartado vegetales del espacio. Allí estaba la ficha de lo que él buscaba: «Flor Azul de Júpiter». Resultado de los análisis, composición aproximada de la planta, y condiciones de la misma.

Leyó algunos párrafos, saltándose los que no le interesaban:

«... vegetal de grandes propiedades creadoras. Se desarrolla rápidamente, puede crecer igualmente en atmósfera de metano y amoníaco, como de oxígeno y nitrógeno. Su polen es peligrosísimo. Está dotado de vida propia, que puede pasar del estado vegetal al animal. Cada corpúsculo de su corola es una brizna de vida en formación. Su crecimiento traería consigo la creación de cuerpos tal vez peligrosos para la vida en nuestro planeta. ¡Debe ser destruido en el acto! Sus hojas y su tallo contienen pulpa vegetal verdosa, de densidad similar al caucho. Sin radiactividad, pero sensible a ésta, si la afectase. Cuaja rápidamente, mediante bajas temperaturas, inferiores a cuarenta grados centígrados por debajo del cero. Peligroso también experimentar con esa pulpa, que puede encerrar microorganismos dañinos para el hombre, u otras formas insospechadas de vida, al crecer más la planta.»

Tiró a un lado el informe. Había estado seguro de que aludía a esa pulpa o materia vegetal líquida de color verdoso. ¡Y esa misma apariencia tenía la posible sangre de Klag!

Febrilmente, se puso a trabajar.

El tiempo urgía. Acaso fuera inútil lo que iba a hacer. Pero Lucy Miles le había dado la idea con una teoría que se le antojó fantástica. Posteriormente, el telefilm le confirmó esa teoría, en apariencia al menos.

Ahora iba a servirse de todo ello para intentar una aventura. Era una aventura de locos, posiblemente la mayor barbaridad que podía cometer un hombre.

Pero todo debía intentarse. Absolutamente todo, antes de declararse vencidos y morir.

— Me parece que tú y yo vamos a vernos muy pronto, Klag — musitó entre dientes, con un brillo excitado en sus ojos—. ¡Y cara a cara!

* * *

—Anoche, señor, yo vi cómo ahí mismo, en el centro del Mar de Tasmania, un torbellino terrible engullía a una embarcación de pescadores, destrozándola. Los tripulantes, sin embargo, lograron llegar a salvo a otra embarcación, la de mi hermano Seyborn. También ellos contaron del remolino, y uno juraba que pudo ver, entre las aguas, unos grandes ojos amarillos que les contemplaban, como una maldición de Satanás encerrada en el mar. Nadie más saldrá nunca a pescar, señor.

— Gracias, buen amigo —el viajero entregó unos billetes al pescador que le había referido la historia. Luego fijó la mirada gris, pensativa, en las aguas de un azul gris intenso.

Parecían las aguas de cualquier mar. Inofensivas, quietas, cálidas... Pero allí, la noche antes, algo extraño había ocurrido. Las historias supersticiosas de los marinos no hablaban ya de buques fantasmas ni de extraños bajeles luminosos, sino de torbellinos inexplicables y de rostros monstruosos en el fondo del mar.

Sólo que ahora no era superstición. Alan Kane estaba seguro. Si sus cálculos con respecto al viaje de Klag por el mundo no eran erróneos, debía de hallarse ahora por aquellas alturas. El vuelo vertiginoso de su nave, a supervelocidad, hasta Nueva Zelanda, había sido apacible.

Allí había empezado a advertir las expresiones de terror en las gentes del mar, y supo que Klag había sido visto o sospechado muy cerca de

allí.

Entre Tasmania y Nueva Zelanda, en el mar de Tasmania, se citaban las últimas y más recientes referencias de su presencia. Cortinas de radar submarino habían sido establecidas en Australia, en Nueva Zelanda del Norte y en Nueva Zelanda del Sur, sin resultado práctico hasta aquel momento. Tampoco los detectores de ondas submarinas habían acusado presencia extraña alguna.

Pero Kane pensaba que si la materia de Klag no era radiactiva, posiblemente tampoco fuera sensible a las emanaciones de ondas o a los detectores basados, de una u otra forma, en emisiones radiales.

Después de conversar con otros marineros que en general coincidieron con la historia del remolino, Alan Kane regresó a su roja nave del espacio, partiendo nuevamente de Nueva Zelanda.

Sobrevoló el azul, terso y límpido mar. Describió un círculo total, pasando por Wellington, las Islas Antípodas, las Campbell y Auckland, y terminando en Tasmania y Sydney, para retornar de Australia a Nueva Zelanda en un nuevo círculo. Planeó sobre las aguas, dando la máxima potencia a sus reactores, que rugían ensordecedoramente. Pasó rasando el espejo de las aguas en varias ocasiones allí donde creyó advertir un torbellino.

Pero nada sucedió.

De esa forma, llegó la noche.

Conectó los potentes focos de luz blanca, cegadora, concentrada en haces estrechos y deslumbrantes. Luego planeó en grandes círculos sobre el agua, describió giros y vueltas inverosímiles, rozó las aguas, haciendo descender hasta muy profundo el haz centelleante.

La excursión nocturna duró tres o cuatro horas. Fatigado ante lo estéril de sus resultados, aterrizó de nuevo sobre la arenosa playa de Auckland Island. El silencio de la noche austral se quebraba solamente con el monótono rumor de las aguas, espumeando sobre los arrecifes o yendo a morir mansamente, en susurrante oleaje, sobre la costa desierta.

Alan Kane salió de su nave dejando las luces encendidas. Haría todo cuanto fuera posible para llamar la atención de alguien que parecía reacio a toda clase de espejuelos, aunque implicara un riesgo mortal para él.

Se alejó, caminando sobre la arena. Era una superficie tersa, suave, crujiente, que se extendía a lo largo de varias millas, al borde del mar. Su misma quietud, su desolación terrible, la hacían inquietante, como repleta de amenazas en sus tinieblas.

Kane paseó de acá para allá. Súbitamente, se detuvo al borde de una honda depresión en la arena, donde hubiera caído a no ser porque paró a tiempo, ya con un pie resbalando en la arena.

Más allá vio la arena removida por el anterior despegue de

su nave. Perplejo, volvió a mirar a sus pies. Aquel hoyo o ancha grieta ¡no estaba allí antes!

Retrocedió unos pasos, anonadado.

No era una oquedad casual, ni una hondonada o depresión arenosa como otra cualquiera...

¡Era la pisada de un coloso de proporciones aterradoras!

¡La huella de un pie de Klag!

Un fuego extraño bulló en su sangre. Su mente trabajó activa, velozmente. Durante sus horas de ausencia de la playa, cuando él estaba recorriendo el mar, Klag había estado allí, justamente al lado de donde él despegara. ¿Casualidad?

No, no lo creía. La isla era demasiado amplia, incluso para Klag, y no podía admitirse en buena lógica la casualidad. Aquello significaba que el coloso le había vigilado, le había observado, y tocó tierra nada más partir él.

Pero si aquella teoría era la auténtica, Klag le estaba espiando desde tiempo atrás y se había convertido de buscado a buscador. Aquello volvía a denotar algo concreto: inteligencia, astucia.

No era prudente seguir allí, lejos de su vehículo del espacio. Debía volver a bordo lo antes posible. Sin su equipo especial estaría perdido total, absolutamente, sin la menor posibilidad en su favor.

Echó a correr sobre la arena, regresando al vehículo aéreo. Sentía frías sus manos, y un sudor pegajoso empapaba su rostro.

Había querido enfrentarse solo al omnipotente Klag. Tal vez iba a salirse con la suya. Pero no en su terreno, en el que él eligiera, sino

posiblemente en el que iba a elegir Klag.

La urgencia espoleaba a sus músculos. Pero lo que antes !e pareciera una distancia corta, insignificante, ahora parecía estirarse, ser de goma elástica. Y en cambio sus músculos, de ordinario tan ágiles, se mostraban ahora extrañamente pesados, atrofiados. La luz de su nave posada en la arena le guió. Corría desesperada, febrilmente, a pesar de que en torno suyo, en la desértica playa, no había más que silencio, oscuridad, rumor de oleaje suave, y el leve soplo de una brisa fría y húmeda que agitaba la arena a sus pies, haciéndola crujir al chocar con sus botas.

Ya estaba cerca, muy cerca de su nave. Instintivamente, recordó el relató que Hans Walters le hiciera de su odisea en Júpiter, perseguido por monstruos antediluvianos, y comprendió su angustia. El no huía de nadie... todavía. Pero también en su nave, en aquel vehículo situado tan cerca de él, estaba su posibilidad de victoria si Klag atacaba. Fuera de su aeronave sólo podía encontrar la muerte.

De repente, se detuvo, como si sus pies hubieran echado raíces en la arena. A menos de veinte metros del iluminado vehículo aéreo...

La quietud de la playa se había quebrado con repentina y dramática furia. Un fragor espantoso se alzó del mar. Olas enormes se estrellaron en los arrecifes, subiendo como cataratas de espuma hasta los lejanos acantilados, más al Norte. Las aguas de la playa penetraron en el interior, cubriendo la arena, y golpearon a Alan Kane hasta derribarle, a punto de perecer ahogado por la avalancha.

Su nave osciló, atraída por la violencia del mar desatado, y pareció como si fuera a dejarse arrastrar por las aguas. Pero resistió el embate con un violento bamboleo.

Cuando Kane, caído en tierra, alzó sus ojos mirando a la negrura torva del mar, las estrellas habían sido eclipsadas, la noche parecía más oscura y terrible que nunca, y una figura inmensa, que se perdía en las alturas, que cubría con su sombra pavorosa toda la isla, emergía de las aguas embravecidas, avanzando hacia la playa... hacia él.

Había logrado su objetivo. Había hallado a Klag.

CAPÍTULO VIII

DUELO

¿Llegaremos a tiempo?

—El profesor Larsen se encogió de hombros, inclinado ante el cuadro de instrumentos del veloz vehículo que conducía el capitán Talbot, de la Comisión del Espacio, y no respondió. Lucy insistió, nerviosamente:

—Capitán Talbot, ¿cree usted que hay alguna posibilidad de salvar al doctor Kane de esa locura en que se ha metido?

Hubo unos momentos de silencio.

El fornido oficial se volvió, con gesto preocupado, hacia la joven.

—Mire, señorita Miles —comenzó—. Estamos siguiendo la pista a Kane de una forma arbitraria, basándonos en informes vagos y en referencias que pueden no ser ciertas. Si damos con él, le disuadiremos de su absurdo juego y le haremos volver al camino de la sensatez. Pero si antes que nosotros le encuentra Klag… no habrá solución, señorita. Absolutamente todo se habrá perdido.

—¡Dios mío! No es posible que encuentre a Klag.

—Normalmente, tal vez no lo encontrara nunca. Pero si lo que el doctor Larsen teme es cierto, será él quien busque a Klag. Hará cuanto esté en su mano para llamar la atención del monstruo.

—El capitán Talbot tiene razón —aprobó roncamente el profesor—. Cálmese, muchacha, y tenga fe en Dios. Los locos siempre tienen mucha suerte, y Kane es el loco más loco que jamás conocí.

—Existe también otro peligro, y es que el general McLeod ha desplazado todas sus flotas, escuadras y fuerzas anfibias blindadas al hemisferio austral, tras las huellas de Klag, para rematarlo.

—¡Otro loco! —suspiró Larsen, abatido—. Y ése es un loco engreído, que es peor aún.

—El general cree que puede herir de tal modo a Klag con sus nuevos cohetes atómicos de gran expansión, que acabará matándole cuando vuelva a enfrentarse con él.

—Si vuelve a herir a ese monstruo, y Alan se cruza más tarde en el camino de Klag, nada ni nadie le salvará —observó, estremecida, Lucy Miles.

—Por supuesto. Por eso le decía que es un peligro más que añadir a los ya existentes, y no precisamente pequeño.

—Por el amor de Dios, capitán, ¿no puede dar más velocidad a éste aparato? —se inquietó la joven periodista.

—Imposible, señorita —sonrió Talbot—. Vamos al máximo.

—¿Tanta prisa tiene en obtener su mejor reportaje, el que le dará fama imperecedera? —sonrió Larsen —. Ya veo sus titulares: «Un hombre solo, un loco heroico, se enfrenta en desigual duelo a Klag, "el Fabuloso", y...»

—¡Oh, profesor, déjese de ironías! Bien sabe que el periodismo no me interesa en este momento. Yo busco al hombre, no un reportaje. Busco a Alan Kane, a quien., a quien...

—A quien ama, ¿no es cierto? —sonrió el profesor nuevamente, ahora con aire benigno. Asintió, sin esperar respuesta de la sorprendida muchacha —. Lo sospechaba, hijita. Creo que cuando un hombre joven y atractivo, y una jovencita encantadora andan siempre como el perro y el gato, es por algo importante. Y no precisamente por odio ni enemistad.

Ella inclinó la cabeza, estallando en sollozos, y ocultando su rostro entre las manos.

—Es cierto, profesor —admitió con voz quebrada —. ¡Le quiero! ¡Le quiero con toda mi alma y, en este momento, daría mi vida a cambio de la suya!

—Así son siempre los enamorados, criatura. Estoy seguro de que él también arriesga ahora su vida, sin la menor posibilidad de victoria, porque así podría morir con la tranquilidad de que usted quedaba a salvo...

—¿Cree... cree que también él siente algo por mí?

—No lo creo —rió Larsen de buena gana—. Estoy plenamente seguro, hijita...

* * *

Se incorporó, empapado de agua y de arena. El golpe de mar había alejado aún más de su alcance el vehículo aéreo, con su precioso equipo técnico-científico en su interior.

Y Klag, el gigantesco ser interplanetario de más de dos mil metros de altura, estaba pisando las márgenes del mar, hacia la playa.

Podía ver sus ingentes pies saliendo del agua a cada largo paso, sus altísimas y ciclópeas piernas cubiertas de pelusa vegetal. Sus largos brazos simiescos, rematados por manos membranosas, de tres únicos dedos.

Alan corrió, agazapado, hacia el vehículo espacial. Esta vez sí corría, pero aún así era poco, demasiado poco... ¡Klag estaba tan cerca! A pesar de ello llegó. Porque Klag se detuvo, con un pie increíblemente colosal en el borde arenoso de la playa, y comenzó a inclinarse como buscando desde más cerca al pigmeo casi invisible que osaba desafiarle en un encuentro absurdo e imposible.

Un sibilante jadeo, algo así como un aire ronco y extraño, llegaba de las alturas. Kane, mientras trataba desesperadamente de abrir la puerta de la nave para introducirse en ella, observó que sobre la arena de la playa goteaba ahora algo que no era agua. Algo denso, verdoso, como una goma líquida, caía en grandes goterones.

Klag seguía sangrando, derramando pulpa vegetal de sus tejidos rotos por los impactos atómicos. Las teorías se confirmaban, cobraban forma ante los ojos excitados, brillantes, del audaz científico.

La puerta de su aeronave se abrió. Alan penetró en el cohete con la velocidad de un torbellino. Cerró tras de sí. Pero no significaba que estuviese ya a salvo.

Pulsó los resortes de los controles. Con un brinco alocado, el vehículo se irguió en vertical absoluta, siendo proyectado al espacio por sus potentes motores, accionados al máximo.

Comenzó a subir, a subir, a subir. A su lado, como una mole interminable, como la más ingente y poderosa de las montañas de la Tierra, el cuerpo de Klag casi rozaba el fuselaje de la nave. Alan esperaba de un momento a otro el manotazo, el simple golpe del gigante, que destrozaría su vehículo y a él dentro.

Pero no sucedía nada. Kane había dejado ya los controles al mando automático, y ahora desenvolvía rápidamente su equipo científico. Extrajo de una bolsa impermeable dos grandes cañones o disparadores, similares a los anticuados «bazookas» utilizados en las guerras de muchos años atrás. Llevaban adheridos grandes depósitos o bombas de cubierta metálica y unas espitas para disparar su contenido por los cañones portátiles que ajustó, con rápidos movimientos, a dos

orificios abiertos en el fuselaje de su aeronave.

Kane no era un piloto de excepción, como lo fuera Hans Walters, por ejemplo. Pero todo científico o miembro de la Comisión del Espacio tenía el título de piloto y la práctica suficiente para saber manejar un vehículo en los cielos, por complicado que fuera.

Cuando descubrió que su altímetro señalaba dos mil metros de altura, aplicó el freno automático y puso en horizontal al vehículo. Al mismo tiempo, oprimió el conmutador de los grandes proyectores delanteros. Una auténtica catarata de luz cayó sobre un rostro ciclópeo, gigantesco, del que solamente pudo descubrir dos ojos colosales, amarillos, clavados fijamente en su nave.

¡Y una de las manos del gigante jupiteriano estaba alzándose hacia él!

Alan descendió un poco más. Vio la mejilla cubierta de vello o pelusa azul. Del boquete chorreaban auténticos ríos de aquella pulpa verdosa, sin duda vital para el monstruo, y que éste reflejaba en su horrenda faz una crispación debida sin duda al dolor.

Alan fijó el graduador del punto de mira de sus cañones. La herida facial de Klag se centró en él. Rápido, apretó el gatillo.

Un chorro blanco, deslumbrante, espumoso, surgió, con un silbido estridente, hacia la herida del rostro espantable de Klag. Este retrocedió un paso, alejándose de la nave con un aullido estremecedor y agudo al sentir en su rostro el impacto de aquella ráfaga blanca y espumeante que cubría por completo su herida y resbalaba por su faz.

Vertiginosamente, Alan picó hacia el suelo. Oprimió al máximo el acelerador de vuelo, y descendió como una piedra. Las manos de Klag le buscaban en vano por el aire, manoteando como lo haría un ser humano para dar caza a un diminuto y escurridizo mosquito.

Alan Kane estabilizó la nave a la altura del costado del cíclope de Júpiter. También de allí fluía la pulpa verde en cantidades tumultuosas. El boquete producido por la energía nuclear no se cerraba.

Rápido, enfiló hacia el monstruo, al tiempo que oprimía los disparadores de sus dos cañones accesorios recién aplicados. Nuevos chorros de líquido blanco y espumoso cayeron ahora sobre la herida del costado, que también se cubrió de espuma nevada. El cuerpo gigantesco se estremeció, convulso, al sufrir el impacto.

Después Alan Kane supo que había llegado el fin.

La mano fabulosa le había cogido. Unos dedos titánicos se cerraron en torno a la aeronave. Se sintió cazado, envuelto en tinieblas.

Al menos, lo había intentado, se dijo, esperando la muerte. Sabía, desde un principio, que todo había sido una solemne locura. Una locura que tenía que terminar así. Ningún hombre, ningún microscópico ser humano podía enfrentarse a Klag y vencer.

Muy lentamente, retornó la luz. La mano se abría. Pero los motores de reacción no funcionaban. Estaba parado, detenido sobre una gigantesca superficie rugosa, que se movía.

¡La mano de Klag!

Un rostro se inclinaba curiosamente sobre él. Pudo verle a través del cristal delantero de la nave. El rostro de Klag. Asombrosamente cerca, asombrosamente expresivo, casi humano.

La mueca de dolor desaparecía en la faz espantosa. Las pupilas amarillas contemplaban a Alan Kane con un gesto singular, con algo... ¡algo que parecía una sonrisa!

Kane, poseído de una rara y profunda excitación, contempló la herida facial de Klag. No desprendía pulpa alguna. La espuma blanca se había condensado, formando como una costra o cicatriz de contención.

Había curado sus heridas, conforme planeara, y Klag, al advertir la ausencia de dolor, al descubrir el efecto de los disparos espumosos sobre sus lesiones, estaba buscando afanosamente al ser que había hecho tal cosa.

Tenía su mano al nivel de los monstruosos ojos amarillos. Alan Kane se jugó el todo por e' todo. Abrió de un empujón la puerta de la nave y salió. Puso su pie en la piel rugosa, durísima y recubierta de pelusa, como una alfombra de hierbas, ante la faz inabarcable de Klag. Se miraron los dos seres. El gigante y el pigmeo. El terrestre y el extraño. Algo, un nexo sobrenatural acaso, un fluido de entendimiento, de comprensión y de solidaridad, se estableció entre ambos. No importaba su origen, su forma de vida, su naturaleza...

Aquel ser espantoso, capaz de aniquilar el mundo, revelaba, con su curiosidad expectante y la rara dulzura de aquella faz terrible, un sentimiento de amistad, de gratitud hacia Alan.

Movió sus labios. Brotaron sonidos. Guturales, incomprensibles. Pero sonidos: — Urk… grukke… arku… urk… gruuhk…

Alan Kane asintió con la cabeza. No comprendía nada. Pero sabía que eran palabras, un medio tosco de expresión del visitante de otro mundo. Un intento vano por establecer un contacto más allá de la mirada o del gesto.

Era él primer gran triunfo. El que él ambicionara cuando imaginó que con ciertos productos vegetales y un tratamiento de hielo espumoso, disparado sobre las heridas del ser de Júpiter, atendiendo al análisis de la flor de donde surgiera, podía cicatrizar las heridas, cortar la locura que el dolor producía al monstruo. Y demostrar al mundo entero que un ser espantoso físicamente podía ser una criatura de -buenas intenciones. Y que, necesariamente, no tenían por qué ser invasores belicosos todos los que llegasen de otros espacios.

Una gran lección para una Humanidad enseñada en la desconfianza y en el temor, en la falta de fe en las virtudes ajenas y en la creencia de que sólo los humanos son inteligentes y capaces de amar, agradecer o respetar. Klag, el monstruo aniquilador, jamás hubiera hecho daño a nadie de no ser zaherido, acosado, acorralado y dañado por armas terrestres, cuando su único delito había sido asustar a una mujer con su presencia, provocando sin querer su muerte.

Ahora sí: Klag era un asesino. Pero ¿era él culpable? No. El culpable era McLeod, con su afán de notoriedad y su manía de resolverlo todo por la fuerza. Gentes como él habían provocado las Guerras Mundiales en el pasado.

Klag estaba haciendo algo asombroso. Se inclinó, hasta casi tenderse sobre el mar y las islas, depositó a Alan Kane sobre la arena, suavemente, como quien deja escapar una mariposa sin rozarle siquiera el polvillo dorado de sus alas. Luego hizo lo mismo con la nave.

Aquella suavidad suya en depositar a Alan en tierra firme era la prueba indudable de su gratitud y reconocimiento. Después, repitió algo:

— Urk… grukke…

Palabras extrañas.

Se irguió, en toda su fabulosa estatura, cubriendo las estrellas y llenando de sombras la playa. Luego se alejó hacia el mar, agitando en

el aire su mano, volviendo la cabeza, allá en lo alto, hacia Alan Kane, como en muda y cordial despedida de amigo.

—Adiós, amigo Klag — musitó Alan, agitando también la mano—. Creo que ya no atacarás a nadie. Ni nadie te atacará a ti. He de apresurarme, volver a New York, y referir lo sucedido. La película automática de mi nave habrá captado todo lo sucedido, será la prueba decisiva de que Lucy tenía razón: Klag es un ser de espantoso tamaño y fealdad, para nuestro concepto de los seres inteligentes y amistosos. Pero ¿no pensarían igual de nosotros en un planeta donde los habitantes fueran pequeños, microscópicos y bellos hasta la perfección? ¿Y cómo reaccionaría uno de nosotros, acosado por miles de armas diminutas que le hiriesen dolorosamente? Creo que entonces cualquier humano obraría como Klag. La cuestión de tamaños y de proporciones es tan relativa…

Respiró con fuerza. Regresó al interior de la aeronave. Y pulsando los mandos, remontó el vuelo de nuevo.

Esta vez regresaba a América, sobre los mares australes y bajo las estrellas de Capricornio.

Súbitamente, la radio de a bordo comenzó a llamar. Una y otra vez. Conectó con la longitud de onda utilizada y oyó una voz que llamaba a través del receptor:

—Astronave de la Comisión del Espacio. ¿Es Alan Kane quien la tripula?

—Sí —sonrió Alan—. ¿Quién llama?

—Aquí nave de socorro del capitán Talbot. Llevo a dos amigos suyos a bordo de mi nave. Hemos visto unas luces de situación al Oeste y hemos sospechado que sería usted.

—Así es. ¿Qué amigos son los que le acompañan, capitán Talbot?

—Dos personas que temían por su vida. Ha sido una imprudencia terrible arriesgarse, doctor Kane. Menos mal que ha tenido suerte y no ha encontrado en su camino a Klag.

—¿Que no lo he encontrado? —Alan rió—. Acabo de dejar a mi buen amigo Klag, capitán.

—¿Bromea?

—Es un asunto demasiado serio para bromear. He curado sus heridas, y me ha capturado. Me tuvo en sus manos, dejándome partir al ver que mi tratamiento era eficaz y desaparecía su dolor. Ese ser es inteligente, capitán. Y, además, sabe lo que es gratitud y muchas cosas más.

—¡Diablo! —Talbot, atónito, se volvió a Larsen—. ¿Oye usted eso?

—Sí —el profesor respiró hondo, muy pálido—. Imaginaba algo así. Alan Kane nunca hubiera salido a matar a Klag, sino a curarle. Es médico ante todo, capitán. Déjeme esa radio, por favor. Quiero hablar con él... ¡Alan! ¿Me escucha?

—¡Profesor Larsen! —la respuesta no se hizo esperar—. ¿Es usted uno de los viajeros del capitán Talbot?

—Sí. El otro es Lucy Miles, su buena amiga —sonrió Larsen.

—¡Lucy! ¡Dios santo, qué alegría! ¿Está con usted?

—Sí, Kane. ¿De modo que hizo una solución vegetal helada para cicatrizar las lesiones de Klag?

—¿Cómo lo sabe, profesor?

—Lo sospeché por sus notas, hijo. Ha sido algo magnífico e inenarrable para el futuro de la Ciencia y del mundo. Eso demuestra que los tipos como McLeod están equivocados. Se puede vivir en paz con los viajeros de otros mundos. ¿Dónde está ahora Klag?

—Fue hacia el Norte, por el mar, y,..

—¡Cielos, Kane, hay que impedir un nuevo desastre!

—¿Eh? ¿Por qué, profesor?

—Por el Norte están las fuerzas armadas del general McLeod. ¡Si encuentran a Klag o detectan su presencia volverá a desencadenarse el infierno sobre la Tierra!

—¡Cielos! —Alan palideció. Pensó en el infortunado y noble Klag, en el futuro de la Tierra, si el estúpido y ciego McLeod le atacaba sin esperar a más, volviendo a enloquecerle, a borrar en él su naciente amistad hacia los terrestres—. ¡Sí, hay que impedirlo! ¡Vamos, vamos en seguida! ¡Señalen el rumbo! Yo voy hacia ustedes, en dirección Este. ¡Viajaremos juntos hacia el Norte!

—De acuerdo, Kane —asintió el capitán Talbot gravemente—. Iré transmitiendo avisos, entre tanto, para que sepan que Klag es amigo y no cometan ningún error irreparable. Le voy a dar exactamente nuestra latitud, Kane. Tome nota en su mapa electrónico.

—Le escucho, capitán.

CAPÍTULO IX

MENSAJE AL FUTURO

En la cabina de mando del general McLeod entró precipitadamente el teniente Benson. Se cuadró militarmente y entregó un parte al general.

—Detectada la presencia de Klag al Sur de Nueva Zelanda, señor— informó escuetamente.

—¿Qué? —aulló el militar, brincando en su asiento. Leyó febrilmente el mensaje que confirmaba la noticia—, ¡Pronto, teniente, dé orden a todas las fuerzas de prepararse! ¡Oye concentren todas las cargas atómicas de gran alcance, que dispongan la cortina de fuego nuclear sobre el punto exacto que fijaremos en cuanto avistemos el rastro de Klag! ¡Hay que aniquilar sin clemencia a esa fiera espantosa, a ese azote cruel de nuestro planeta! ¡No le daremos cuartel! ¡Caiga quien caiga, hay que matar a Klag!

Otro oficial entró con un mensaje urgente.. Se lo tendió a McLeod.

—Acaba de recibirse ahora, señor —avisó—. Lo firma Alan Kane, de la Comisión del Espacio. Avisa urgentemente que no se ataque a Klag. Que es Inofensivo, que está curado de sus heridas y se ha hecho amigo de Kane...

—¡Inofensivo! ¡Amigo! —aulló McLeod furiosamente—. ¡Ese Kane está loco! ¡Y cura sus heridas, en vez de rematarlo! ¡Inaudito! ¡Le llevaré ante un tribunal militar en New York, haré que le formen Consejo de Guerra! ¡Le haré fusilar por estúpido, por traidor, por loco!...

—Señor, entonces ¿no se atiende ese mensaje? También hay otro del

profesor Larsen en idénticos términos...

—¡Al diablo esos científicos del demonio! Son capaces de todo con tal de conservar un ejemplar raro para sus archivos. ¡Les encerraré a todos a mi regreso! ¡Listos! ¡Avisen a todas las unidades!

La radio, situada en la cabina de mandos de la poderosa nave del espacio que tripulaba McLeod, transmitió con urgencia con su Alto Estado Mayor:

—¡Indicios de la presencia de Klag justamente debajo nuestro!

—¡Proa al cielo! —aulló McLeod, presa de un nerviosismo terrible, vibrante. Le llameaban los ojos, con fanática decisión—. ¡Hasta los tres mil metros, que es la altura a la que no puede llegar Klag! ¡Cumplan mis órdenes!

Rugiendo, las aeronaves ascendieron velozmente, mientras la flota teledirigida de embarcaciones pesadas, sin tripulación a bordo para evitar nuevas víctimas comenzaba a batir el agua con un fuego terrible, intenso y estremecedor, que barría la superficie del mar, entre las islas australes.

Bajo las aguas, un rugido de dolor inmenso, un alarido escalofriante y ensordecedor, se alzó de pronto, bajo el nutrido y poderoso fuego de artillería atómica submarina.

¡Habían vuelto a herir a Klag, y esta vez parecía ser más grave y profundo el impacto!

Las aguas se abrieron a ambos lados en pavoroso alud. Emergió de nuevo la apocalíptica figura del coloso del espacio. Aferró a diez o doce naves de la flotilla del McLeod. Las contempló con ira, y luego las estrujó entre sus dedos, lanzando al agua los hierros retorcidos.

Luego se tambaleó, mientras por dos profundas heridas de su cuello escapaban chorros de pulpa verdosa.

Las demás naves de McLeod estaban ya a tres mil metros. Lanzáronse en picado sobre Klag, asaetándole con toda clase de proyectiles de fortísimo calibre atómico. Una serie de súpergranadas de potencia diez veces superior a la normal estallaron sobre el cráneo y cuerpo de Klag, que se revolcaba, furibundo, destrozando barcos teledirigidos, aplastando y agrietando, con sus tambaleos titánicos, las orillas de un cercano islote, mientras recibía aquel fuego endiablado, que abría surcos y boquetes en su poderoso cuerpo.

Las granadas rompedoras, de cabeza atómica, resquebrajaron la durísima tapa de su cráneo. El aullido de Klag fue estremecedor, violento y agudo como un soplo de aire de los infiernos.

Pero la danza de las aeronaves, vomitando fuego y muerte, continuaba en torno a la poderosa, ingente pero desventurada figura del invasor acorralado. McLeod había medido bien su golpe. Caían muchas naves, muchos barcos, muchos submarinos de las flotillas densas que había hecho navegar bajo las aguas, y que ahora acribillaban las piernas de Klag, aunque a costa de enormes bajas.

Klag cayó de rodillas, balbuceando palabras roncas y extrañas entre sus contraídos labios. McLeod, en su nave, aulló de júbilo:

—¡Bravo! ¡Bravo, muchachos! ¡A por él! ¡Vamos a remachar nuestra gran victoria de hoy!

La nave capitana descendió vertiginosamente hacia el ser que agonizaba ya, apoyando una mano enorme en el islote, como no queriendo morir, como resistiéndose a abandonar una vida que, poco antes, había creído definitivamente ganada, al sentir curadas sus heridas.

De repente, McLeod fijé la mirada con ira en su visor. Saltó, frenético:

—¡Ehl ¡Ordenen a esa nave que se aparte! ¡Va derecha a Klag! ¡Está junto a él!

—Es la nave de Alan Kane, señor — avisó roncamente uno de sus oficiales—. No acepta nuestras órdenes.

—¡Maldito imbécil! ¡Le va a destrozar! ¡Ho puede hacer eso!

El radiotelegrafista respiró hondo antes de explicar:

—Su respuesta es que usted es un asesino. Que ha aniquilado a un ser que no hubiera hecho mal alguno a nadie, de no ser acosado como una bestia feroz. Y que mientras haya seres como usted en el mundo, jamás habrá paz entre los hombres, ni entre éstos y los seres de otros planetas...

—¡Le haré ejecutar por esos insultos! —chilló McLeod lívido—. ¡Eso, si se libra del monstruo! ¡Vamos, acaben con Klag, delante mismo de ese imbécil! ¡Y a ver si es capaz de impedirlo!

La nave capitana se lanzó al ataque.

Alan Kane, desde su propia nave, tomó aliento después de haber enviado su mensaje a McLeod. Contemplaba fijamente, con ira, al agonizante Klag, al pobre ser que no tenia de temible más que su gigantesco tamaño. Pero que había llegado a confiar en los hombres durante un fugaz momento. Ahora los hombres le mataban. Brutal, salvajemente.

Voló en derechura hacia él, pese a la prohibición de McLeod. Los ojos amarillos del ser de Júpiter se fijaron en su nave. Debió reconocerla, porque su gesto furioso, agresivo, para estrujarla, se detuvo en seco. Frenó en el aire la mano que iba a aplastar la aeronave de Alan.

De nuevo mormuró claramente, quizá con sus últimos alientos:

—Urk… grukke…

Boqueó, agónico, y agitó su mano en el aire, desesperadamente, como en una despedida de amigo hacía Alan. Este sintió un nudo en la garganta ante aquel rasgo asombroso.

Luego desvió su mirada, con virulencia, hacia la nave capitana de McLeod que se precipitaba ya sobre Klag para rematarle. Los potentes cañones de la nave vomitaron súpergranadas que abrieron grietas mortales en el cuerpo que perecía ya sobre la playa desierta, y los arrecifes y bosques que aplastaba con su corpachón.

Cayó de espaldas sobre el islote, revolcándose agónicamente. La nave de McLeod bajó más y más, voló rasante sobre su cuerpo encogido, acribillado, regándole de proyectiles sin piedad alguna.

Y entonces, con un último espasmo, con su última energía quizá, Klag «el Fabuloso» alzó un brazo titánico. Su zarpa enorme, la misma que respetara a Alan, aferró brutalmente la aeronave capitana. Esta pretendió huir, pero fue en vano» Los dedos ciclópeos hundieron el fuselaje, rasgaron el metal como si fuera papel.

Las fuerzas le fallaban. Pero tuvo las suficientes para, con odio inextinguible, aplastar la nave, como un juguete aborrecido, contra el suelo rocoso de la isla. Luego cayó de bruces sobre la nave destrozada y sus ocupantes. Miles de toneladas de peso muerto aplastaron a la nave de mando McLeod.

Alan Kane respiró con fuerza. Todo había terminado ya. McLeod había sufrido también el castigo a su soberbia y su torpeza. Klag yacía muerto sobre la isla y el mar, un cuerpo inmenso, fantástico, a medio cubrir por las olas. —Adiós, pobre amigo de un momento —musitó al

ser inerte—. Adiós, Klag. Ojalá algún día en el futuro los hombres aprendan la lección y el mensaje de tu actitud. Que sepan que no todos aquellos que vendrán de otros mundos son monstruos ni asesinos. El aspecto físico no cuenta. Es el espíritu, lo que se lleva dentro, Klag, lo que vale a la hora de valorar amigos. Y tú tenías algo… Tu única culpa fue tener aspecto terrible. ¡Es tan desconfiado nuestro viejo y fatigado mundo…!

* * *

Regresó adonde navegaba la aeronave de Larsen y de Lucy Miles. Pudo contemplar a sus amigos por el visor de a bordo. Larsen le sonrió. Lucy estaba llorando.

—Lucy, ¿por qué Hora? —preguntó Alan—. ¿Por la muerte de Klag, que le priva de varios sabrosos reportajes más?

—¡Oh, Alan, es usted odioso! —protestó ella, enfurecida—. ¡Siempre piensa en la periodista… y olvida a la mujer!

—No se enfade, criatura. Lo hago para hacerla rabiar. En realidad, durante todo el tiempo que he permanecido buscando a Klag, sólo pensé en usted… mujer.

—¡Alan! ¿Qué quiere decir? —su rostro se iluminó de pronto.

—Dios mío, Lucy, ¿tan sagaz periodista y no sabe entender a un hombre cuando se le declara? —rió Kane de buena gana.

—¡Oh! —ella tartajeó, demudada—. ¡Alan…, Alan, Dios mío, es maravilloso!

—¿Eso quiere decir que también usted…, que también tú me aceptas, Lucy?

—Alan, mi vida, estaba deseando esto desde hace tanto tiempo..,

—Y yo, pequeña. Ahora sólo puedo enviarte mi beso por el televisor. Pero espera un poco… y verás lo que te costará desprenderte de mí.

—¡Tonto! ¿Crees que lo intentaré siquiera? —rió ella, enviándole un beso con la punta de los dedos a través de la pantalla visora.

FIN